

NO SOMOS TERRESTRES

PETER KAPRA

No somos terrestres

PETER KAPRA

No somos terrestres

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 22.994 - 1970

Printed in Spain ***Impreso en España***

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Joseph Hampthon nació en Oskaloosa (Iowa), a los veintinueve años de edad, aunque esto parezca increíble, falso o desconcertante. La realidad era que Greet podía hacer que un hombre naciera cuando él quisiera.

Greet era un individuo afable, amistoso y cordial. Todo el que le conocía estaba de acuerdo en que se trataba de un hombrecillo singular, llamativo por su extremada amabilidad y sus modales obsequiosos. Vivía sólo en una planta baja de la calle Duggart.

Un día, Joseph Hampton salió muy temprano de la mansión de Greet. Utilizó la puerta posterior, que daba a un callejón sólo utilizado por el señor Brown para sacar su coche. Fue hasta el aeródromo y, después de confundirse entre los numerosos viajeros que entraban y salían de la ciudad, regresó al centro de ésta y penetró en la Oficina Registro de Colocación.

Uno de los empleados atendió a Joseph.

— Buenos días. ¿En qué puedo servirle?

— Busco un empleo — dijo Joseph.

Maquinalmente, el empleado sacó un impreso de un control electrónico.

— Vaya usted a la sala número tres y rellene este impreso, por favor.

— Es que yo busco un empleo determinado... Algo especial.

— Anótelo en la casilla correspondiente.

Joseph era un hombre joven, delgado, bien parecido, aunque de facciones ligeramente pálidas, que vestía un jersey gris y unos pantalones oscuros. Sus zapatos eran flexibles y elásticos y en la mano derecha llevaba un ligero maletín, capaz para media docena de mudas de papel, una levita y pantalones ajustados. Esto era todo lo que llevaba Joseph Hampton.

—Leí un anuncio en el «Graphic» de Nueva York.

— ¡ Ah, es usted forastero!

— Sí — dijo Joseph —. He venido por el anuncio del señor Greet Stamper.

El empleado miró con atención a Joseph, le calibró

psicológicamente, a su modo, y luego dijo:

— Conozco al señor Greet. Puede que sea usted el hombre que busca. Ocho créditos mensuales, albergue, comida y ropa... ¡Y un condenado empleo que nadie quiere! ¿Tan desesperado está?

— No, se equivoca. No estoy desesperado — replicó Joseph, que llevaba la lección perfectamente aprendida—. Me interesa ese empleo.

— Es usted el único. — El empleado se volvió a una compañera, que trabajaba con la mirada fija en el tablero de un clasificador electrónico—. Tendré que pagarte la apuesta, Marion. Se ha presentado uno en respuesta a la solicitud del señor Greet.

— ¡Oh!

La joven era bonita. Miró a Joseph con ojos muy abiertos y, tras breve vacilación, optó por levantarse y acercarse al mostrador.

— ¿Ha leído usted bien el anuncio? — preguntó la muchacha a Joseph.

— Sí... Lo tengo por aquí — contestó Joseph, introduciendo la mano en su bolsillo para sacar algunos rectángulos de plástico gris —. Éste es.

— Lo conocemos — replicó la joven—. Y por eso nos extraña que haya alguien capaz de presentarse.

Con el rectángulo en la mano, Joseph leyó:

«Se necesita joven de veinticinco a treinta años, no importa estudios, para ejercer funciones de sirviente con hombre correcto, soltero y solitario. Se exigirá horario intensivo de trabajo. Presentarse a Greet Stamper, en Oskaloosa (Iowa), calle Duggart, número 291, a cualquier hora».

— Nadie quiere ya ser criado de otra persona — apuntó el empleado —. Por eso nos extraña que venga usted de Nueva York.

— No he dicho que vengo de Nueva York, sino que he leído el «Graphic» de Nueva York — dijo Joseph Hampthon, muy serio—. Podía ir directamente a ver al señor Greet Stamper, pero no tengo la documentación en regla.

Marion Mills se alisó ligeramente su corto cabello, teñido de verde. Pestañeó y luego declaró:

— En ese caso no podemos...

— El anuncio no pide referencias. El artículo 1.516, en su apartado nueve, especifica que cualquier demanda de empleo que no exija referencias puede ser atendida por personal extranjero, al que se le otorgará licencia de trabajo de tercera clase.

Marion miró, sorprendida, a su compañero.

— Sí, pero... — empezó a decir éste—. Las autoridades de

emigración no permiten que extendamos ninguna licencia sin antes investigar ellos el origen del solicitante.

— Soy amnésico, no extranjero.

— ¿Amnésico? — se extrañó Marion, empezando a sentir una extraña simpatía por el joven—. En ese caso debe conservar un documento médico.

— He debido perderlo. No tengo ni un documento siquiera que acredite mi identidad. Estoy vivo, hablo, como y pienso y no conozco más país que éste. Deben darme ese empleo. El señor Greet me ayudará.

— Sin duda — dijo Marion, sonriendo—. Conozco al señor Greet. Es un hombre buenísimo. Escuche, es mejor que vaya usted a ver al señor Greet. Hable con él. Y si está conforme en que entre usted a su servicio, nosotros le haremos una licencia de trabajo de tercera clase.

— Pero eso es irregular, Marion — habló el otro empleado.

— No te preocupes, Gudry — respondió la muchacha del cabello verde—. El jefe la firmará. No podemos desatender a un amnésico que pide trabajo. Hemos de ayudar en todo lo que nos sea posible. Es indudable que no se trata de un extranjero.

Gudry frunció el ceño y respondió:

— Está bien... Pase usted a la cabina de comunicaciones urbanas número cinco. Le pondremos en comunicación con el señor Greet Stamper. Si le acepta a usted, le extenderemos esa licencia de trabajo de tercera clase. Al año, podrá usted solicitar la de segunda, y dentro de cuatro, será usted ciudadano de Iowa.

— Son ustedes muy amables.

* * *

Joseph Hampton inhaló medio metro cúbico de gas. Sintió la energía extenderse por sus arterias y todo su ser revivió. Aún no estaba adaptado a su nueva constitución orgánica. Greet le había dicho que «pronto te sentirás como un terrestre, Joseph».

En realidad, no había diferencia externa alguna. Sin embargo, su poderoso cerebro no podía albergarse en un cráneo humano. Joseph, como Greet y otros, llevaba el cerebro en el pecho. La cabeza era simple accesorio, decoración.

Para mantenerse en actividad necesitaba gas «aedélico». Y Greet poseía buena provisión.

La puerta acorazada se descorrió silenciosamente. Greet había estado estudiándole desde el control del laboratorio.

— Debes adaptarte a este sistema cronológico y ser menos

emocional, Joseph.

— Nadie es perfecto, si su creador no lo es — dijo Joseph, muy serio.

— Perfectamente, hijo — admitió Greet—. Pero es imposible crear «seres humanos» auténticos.

— ¿Por qué? ¿No tenemos referencias exactas de esos «seres»?

— Es evidente, querido sirviente, que aún no te has detenido a estudiar con meticulosidad a un terrestre. Si lo haces, verás que son seres que actúan y se comportan por medio de impulsos condicionados o reflejos. Todos sus actos son intuitivos. Obedecen a un mandato generado en su subconsciente.

—¿Subconsciente? ¿Quieres decir que no actúan de modo consciente?

— No concretamente — respondió Greet Stamper —. Podemos llamar a éstos reacciones anímicas, puesto que los impulsos están condicionados por razones muy diversas. Esto no lo asimilarás en unos días. Por eso es necesario que te esfuerces en adaptarte a tu nuevo ambiente. Y tener mucho cuidado cuando sales. Cualquier accidente que te ocurriera sería desastroso. Todavía no somos bastantes en este planeta para poder ayudarnos. Y el plan «1001» no se llevará a cabo hasta dentro de algunos años.

Joseph Hampton asintió. Se levantó de la butaca ortoanatómica, donde había estado sentado, y caminó hacia la ventana cubierta por la cortina metálica. Todavía le costaba algún esfuerzo adaptarse al cuerpo superpuesto que llevaba.

— Son muy limitados estos seres.

Greet Stamper sonrió y repuso:

— Mucho… ¡y muy interesantes! Lo que más me agrada de ellos es la facilidad con que revelan sus pensamientos. Todavía no han aprendido a controlar sus ondas mentales.

— ¿Podrían llegar, en su evolución, a ser como nosotros?

— No — dijo Greet, sonriendo afablemente —. Deben desaparecer todos en mil años.

— Quiero decir, si no tuvieran que desaparecer — rectificó Joseph.

— Pues no lo sé. Nosotros hemos tenido otro medio. Pueden cambiar las condiciones ambientales de la Tierra o, en otros mundos conquistados, adaptarse al medio y sufrir mutaciones naturales. Podría ser, sin duda. Pero nosotros estamos aquí para impedirlo. Ésa es nuestra misión.

— Sí, sí — musitó Joseph, ocultando a su compañero el pensamiento de una sonrisa amistosa en un rostro fascinante.

Joseph había obtenido su licencia de trabajo en la Oficina de Colocación porque su aspecto agradó a Marion Mili. No fue por nada más. Greet accedió a dar a Joseph la colocación. Aquél era su primer documento. Luego vendrían los demás. Oskaloosa era una ciudad relativamente pequeña. Y Greet se había hecho querer de sus vecinos.

¿Qué pensaría Marion Mills si supiera que él llevaba el cerebro dentro del pecho y todo su cuerpo era como una máscara de carne, sin riego sanguíneo?

Joseph debía proteger sus pensamientos. Si su compañero adivinaba su simpatía hacia una mujer terrestre, posiblemente le destruiría o avisaría a Mootmo para su inmediato traslado a Swik.

Él sólo estaba allí para ayudar a Greet.

— Hemos de terminar con David Pellam y Randy Scorn. Pronto se hará de noche. Y necesito ácido tartárico. Será mejor que tomes un vehículo de alquiler y vayas a conseguirlo a Burrington. Se haría sospechoso si compráramos más en las droguerías de aquí.

— De acuerdo — asintió Joseph—. Dame dinero.

—Tómalo del cajón. Afortunadamente, dinero es lo único que no nos falta. Procura volver antes de media noche.

— Descuida.

— Te lo digo porque tu curiosidad es tan grande que te entretienes en todo lo que ves. Y te repito que no hay nada sorprendente en este mundo.

Joseph fue a la sala contigua, donde estaba el despacho metálico de Greet, y abrió uno de los cajones de la mesa. Calculó instintivamente el dinero que necesitaría para adquirir el ácido y pagar el vehículo. Todo le costaría veinte dólares. Él tomó cien.

Luego, salió de la casa por la puerta trasera, que daba al callejón del garaje del señor Brown, a cuya salida, en la calle Nerwick, había una parada de bólidos de alquiler.

Un hombre leía un libro, recostado contra el vehículo.

— ¿ Puede usted llevarme a Burrington? — preguntó Joseph.

— Yo no puedo llevarle, pero mi «Galgo» sí. Suba usted. En una hora le pongo allí. Tomaremos la vía magnética número seis. Ida y vuelta doce dólares.

— Le daré veinte. Pero, por favor, quisiera hacer una visita a la Oficina de Colocación.

— Faltan pocos minutos para que cierren... No se preocupe. Haremos esa visita.

Joseph sonrió. Estaba contento. Podía ver a Marion y hablar con ella. Incluso la invitaría a ir a Burrington. Al conductor le daba lo

mismo llevar una persona que a dos. Y Marion podría admirar el paisaje, tomar algún emparedado en los bonitos paradores de la vía magnética. El trabajo de Marion era muy monótono y aceptaría la invitación para distraerse unas horas.

Joseph sentía una especial predilección por Marion Mills, a la que conocía del mismo día en que «nació», en la Tierra, con su aspecto humano, su color un tanto pálido y sus reposados ademanes de hombre tranquilo y sin preocupaciones.

El conductor del «Galgo» hizo honor a su palabra. Sorteó el tráfico con habilidad, por el centro de la ciudad y se detuvo en el aparcamiento próximo a la Oficina de Colocación.

— Aguarde un momento — dijo Joseph.

— ¿Y la «mosca»? — preguntó el conductor, frotando los dedos.

— ¿Qué «mosca»? — preguntó a su vez Joseph, sin comprender.

— ¡Vamos, usted me entiende, hermano! Yo le espero aquí. ¿Y si no vuelve?

El poderoso cerebro del individuo de Swik captó, de pronto, el sentido de las palabras del otro. Imitó una sonrisa con su boca artificial y se llevó la mano al bolsillo donde había guardado el dinero.

— Perdone usted, se lo ruego... Disculpe — se expresó Joseph, recordando la encarecida recomendación de Greet —: Estaba distraído.

— No es que dude de usted, pero es la norma.

Joseph entregó veinte dólares y salió del bólido.

Subió la escalinata de la Oficina de Colocación y, desde la entrada vio a Marion disponiéndose a dar por terminada su jornada de trabajo. Cuando Joseph se acercaba al mostrador, eligiendo una expresión amistosa, vio a Gudry, el compañero de trabajo de Marion, acercarse a ésta.

— ¿Salimos esta noche, Marion? Representan una obra en el «California» que quiero ver.

— ¡Oh, sí; me encantaría! — exclamó la joven, radiante.

Gudry le tocó la mejilla. Pero observó que la mirada de ella se fijaba en Joseph.

— Hola, señor Hampton. ¿Cómo le va en casa del señor Greet?

— Muy bien, señorita Mills. Es usted muy amable. Precisamente, el señor Greet me ha enviado a efectuar unas compras en Burrington y se me ocurrió venir a ver si quería usted acompañarme.

— ¿Acompañarle? — se sorprendió ella.

— Marion está comprometida para esta noche — intervino

Gudry secamente, mirando a Joseph con ojos centelleantes.

Joseph Hampton captó inmediatamente la animosidad del terrestre. Intuyó la amenaza. Su gran cerebro llegó a registrar incluso ondas de odio. Y su primera acción fue de defensa instintiva.

— Perdone — dijo, retrocediendo —. Sé que no tengo derecho a venir aquí a molestar. Sin embargo, la señorita Marion me ha ayudado mucho y por otro lado temo perderme. No estoy acostumbrado a ir de un lado a otro. Puede volver la amnesia y olvidar...

«¡Quiero que Marion Mili venga conmigo! ¡Te lo ordeno, terrestre!», expresó Joseph con el pensamiento.

Gudry captó aquel mensaje e instintivamente, sin saber por qué, dijo:

— Sí. Le entiendo, señor Hampton. Perdone... Que le acompañe Marion. Ahora recuerdo que debía ir a ver a mi madre esta noche... Iremos otro día al teatro, Marion.

— Pero si yo...

— Es igual, Marion. Acompaña al señor Hampton. Te distraerá un viaje a Burrington.

Diciendo esto, Gudry dio media vuelta y se alejó, dejando a Marion muy perpleja.

— Precisamente, me estaba invitando a ir al «California Theatre». ¡No entiendo a Gudry! Somos muy buenos amigos.

— Tiene que ver a su madre — replicó Joseph—. Además, yo quisiera hablar con usted. Regresaríamos antes de media noche.

— Ahora estoy un tanto confusa y desconcertada. Temo que Gudry se haya molestado.

—Bueno, si no quiere usted venir... Iré solo. Tengo un bólido esperando afuera. Se me ocurrió pensar...

«¡ Venga usted conmigo, Marion! ¡ Quiero hablarle! Necesito conocer a los terrestres y usted me resulta agradable. No debe temer nada».

Marion también captó la orden. Pero al asentir creyó que era su propia voluntad la que había aceptado.

— Bueno. Si Gudry tiene que ver a su madre... Hace tiempo que no voy a Burrington.

— Cenaremos algo en uno de los paradores del trayecto — añadió Joseph.

— ¡ Oh, es usted muy amable, señor Hampton! No esperaba que se acordase usted de mí.

— Me hizo un señalado favor.

— Temí que tuviese otro ataque de amnesia — ironizó ella.

Muy serio, Joseph replicó:

— No. Puedo tenerlo, pero lo dudo.

— En seguida estoy con usted, señor Hampton.

— Puede llamarme Joseph.

Ella sonrió, miró al reloj electrónico y se dirigió hacia el lavabo, en busca de su abrigo y de su bolso. Pronto apareció con algunas compañeras, riendo todas alegremente. Joseph captó intensas miradas de envidia dirigidas a él, cuando Marion se despidió de sus compañeras y se le acercó.

Salieron juntos.

— Es usted un hombre muy raro, señor Hampton. ¿De veras no recuerda nada de su existencia anterior? ¿Ha estado en un hospital? ¿Cómo sabe su nombre y su edad y no sabe dónde ha vivido? ¿Está casado?

— ¿No le parecen demasiadas preguntas?

— ¡ Oh, perdone, Joseph!

Subieron al bólido de alquiler. El conductor dijo:

— No sabía que esperaba usted a alguien.

— ¿Era necesario?

— No. Me alegro de llevar pasajeras bonitas. Le felicito, amigo. ¿Son novios?

Joseph tuvo un sobresalto psíquico, del que se rehízo pronto.

— No... No podemos serlo — contestó, sin revelar nada, pero siendo todo lo humanamente sincero que podía.

Y estas palabras hicieron pensar profundamente a Marion.

CAPÍTULO II

David Pellam era un hombre bajito, de unos cuarenta y tantos años de aspecto, «nacido» con el hábito de sonreír, para ser una persona amable y bondadosa, como Greet.

Randy Scorn, por el contrario, era joven, de diecinueve años, cabello abundante, ojos claros e inquietos y ademanes impacientes.

Los dos nuevos hombres habían sido «fabricados» en el laboratorio que el señor Greet tenía en el sótano. Joseph les preparó un alojamiento secreto. Y ahora estaban en la habitación de David.

— Mootmo quiere que usted sea comerciante, señor Pellam. Le daremos dinero para establecerse en la Avenida de Lincoln. Su documentación ha de ser falsa. Me he especializado en eso y puedo reproducir fácilmente cualquier documento oficial que necesite.

«Por ejemplo, su carta de identidad dirá que nació usted en Louisiana, en 1987, por lo tanto tiene cuarenta y dos años. Ejerció la profesión de comerciante y, por prescripción médica, ha debido trasladarse al Norte. Le daré ese certificado.

— ¿Y si alguien investiga en Louisiana? — preguntó Pellman.

— No es fácil, si no da usted motivo para ello. Pasaporte, cartas de crédito, partida de nacimiento, etc. Es usted soltero y no tiene familia.

— Entiendo.

— ¿Y yo? — preguntó el joven Randy.

— A ti vamos a militarizarte, Randy — dijo Joseph, sonriendo—. Vas a ingresar voluntario en la U. S. Army. Serás un soldado de vigilancia en las fronteras de Occidente. Dos años de servicio activo te convertirán en un ciudadano de prestigio.

— ¿Y el reconocimiento médico?

— Es el único obstáculo que debes salvar. Hemos pensado que te enroles en la Legión Americana. Ahí no piden referencias de ninguna Clase, ni documento siquiera. Muchos hombres se alistan para iniciar una vida nueva y se cambian incluso el nombre. Pero les someten a un reconocimiento médico que tú debes eludir, valiéndote de tu cerebro. Te han de dar «apto» para todo servicio.

— ¿Podrá ser?

— ¡Tiene que ser! — exclamó Joseph—. Así lo ha mandado Mootmo.

— Está bien. El jefe manda — contestó Randy Scorn, obediente.

— De modo que esta misma noche saldrán los dos de aquí. Usted, señor Pellman, se alojará en un hotel, como si hubiese venido de viaje. Mañana iniciará las gestiones para instalarse en su comercio. Como en este mundo aprecian mucho el dinero, encontrará facilidades, porque no le faltará nada de lo que pida.

— ¿Por qué me hablas de usted y a David le hablas de tú?

— Siempre hemos de aparentar educación y respeto. Randy es un muchacho joven. Usted es un hombre mayor.

— Entiendo.

En aquel instante se descorrió silenciosamente la puerta de la habitación y apareció Greet Stamper.

— Te llaman por videófono, Joseph.

— ¿Me llaman...?

Sí. De la Oficina del Registro de Colocación. Una joven que dice llamarse Marion.

Joseph se ruborizó ligeramente. Ya estaba empezando adaptarse a su nuevo aspecto humano.

— No sé qué pueden querer,..—empezó a decir, poniendo una barrera a sus pensamientos, lo que no pasó desapercibido para ninguno de sus compañeros.

— Ve a verlo. Debe tratarse de algo relacionado con tu licencia de trabajo.

— Sí, seguramente. Disculpen... Vuelvo en seguida.

Joseph abandonó la estancia y subió rápidamente la escalera, saliendo a través de la puerta osmótica. Efectivamente, en el salón, el videófono estaba conectado y en la pantalla a color aparecía el hermoso semblante de Marion.

— Hola, Joseph. He rogado al señor Greet que te llame.

— ¿Qué ocurre, Marion? — preguntó él.

— El otro día me invitaste a ir a Burrington y lo pasé muy bien. Hoy damos una fiesta en mi apartamiento del edificio «Brima», y a la que asistirán algunas chicas, amigas mías. Estás obligado a asistir.

— No sé si el señor Greet me dejará. Puede necesitarme.

— ¿Para qué puede necesitarte por la noche, Joseph? Eres su sirviente, pero no su esclavo. Además, hay una reglamentación del trabajo. Y recuerda que soy una funcionaria pública.

— Sí, sí... ¿Puedo llamarte luego y darte una respuesta?

— Sí. Estaré aquí hasta las siete.

— Gracias.

Marion envió a Joseph un beso con las yemas de los dedos y cortó la comunicación. Al cerrar la suya propia, Joseph presintió, a su espalda, la llegada de alguien.

Al volverse, efectivamente, vio a Greet Stamper.

— ¿Qué quería esa chica?

— Da una fiesta en su apartamiento. Es evidente que necesita alguien y pensó en mí. Me gustaría asistir.

— ¡No puedes ir! — contestó Greet en tono seco.

— ¿Hay alguna razón especial?

— Ciento de razones — contestó Greet con cierta aspereza—. Y la principal es que no estamos aquí para divertirnos. Debes ayudarme a transformar a Eve Marsh, Johnny Lupus, Tom Randolph y James D. Brennan. Ya sabes que el señor Brennan es el propio Mootmo.

— ¿Tan pronto?—se extrañó Joseph.

— Ésas son las órdenes que he recibido hoy por microonda «G-9».

Joseph pareció vacilar. Pero no quiso emplear su mente para persuadir a su compañero. Sabía que no le iba a servir de nada. Sin embargo, quería volver a ver a Marion.

— Mis contactos con «ellos» pueden sernos útiles — comentó.

— No lo discuto. Mootmo lo aprobaría. Pero esos contactos pueden resultar sumamente peligrosos. Carecemos de la suficiente experiencia para tratar con mujeres. Y sé que has visto a esa mujer otra vez.

— ¿Me has espiado?

— Te he seguido con la «Visora-3».

— ¿Está aquí?

— Sí.

— No creí hacer nada malo. Me interesa el sexo femenino terrestre. Puede ser base para profundos conocimientos. Como comprenderás, nuestras relaciones no pueden ser más platónicas... ¿Está bien dicho?

— Lo comprendo, Joseph. Pero no se ha resuelto aún el problema de atracción espiritual entre nosotros y ellos. Es evidente que «ellos» deben desagradarnos. Y tú no pareces sentir aversión hacia esa raza inferior.

— No, Greet. Sinceramente, aversión, ninguna. Todo lo contrario... Marion me gusta. Me siento satisfecho a su lado.

— Exactamente. Un sentimiento que puede acarrearte muchos peligros. Nosotros no podemos sentir simpatía hacia «ellos».

—Tú tratas por todos los medios de mostrarte simpático.

— Es mi cometido.

— El mío es adquirir esa nacionalidad que necesitamos. Debo relacionarme, aprender, saber cómo piensan incluso las mujeres.

— Pues no puedes ir esta noche.

— Por favor, Greet. Recapacita. No debes temer nada. Marion se llevará una alegría si le digo que asistiré a su fiesta. Conoceré a sus amigas, empezaré a codearme con la gente de Oskaloosa.

— ¿Y qué ocurrirá si tomas afecto a esa chica?

— Nada.

— ¡ No se puede luego eliminar a la persona que uno aprecia!— casi gritó Greet Stamper.

Joseph miró intensamente a su compañero.

— Nosotros no estamos aquí para eliminar a nadie... ¡Eso lo harán otros, dentro de mil años! ¡Y no creo que Marion Mili viva para entonces!

— El afecto puede ser peligroso, Joseph. Entiéndeme y no te escondas detrás de tu barrera de reserva mental. Yo no digo que tú hayas de matar a nadie. Sé cuál es tu misión. Sólo trato de decirte que ese afecto puede transformarse. Es peligroso. Ellos toman drogas y alcohol. Algo, no sabemos todavía qué, puede afectarte. Si te descubren, hablas o revelas tu identidad, el Plan «1.001» fracasará. Y eso puede ser desastroso, en su día, para millares de nosotros.

— Entiendo — contestó Joseph, bajando la cabeza con tristeza.

— Me alegra que lo comprendas, Joseph. Porque, si lo has entendido, no veo inconveniente en dejarte ir, para que conozcas en su intimidad a las hembras de este mundo, cuya compleja mentalidad no comprendemos todavía muy bien.

El semblante de Joseph, humanizado ya, se animó.

— Pero no debes olvidar ninguna de mis recomendaciones, Joseph — continuó diciendo Greet—. Siempre debes estar a la defensiva. Tú eres más poderoso que «ellos». No te debilites jamás.

— No puedo debilitarme. Apenas si necesito ya el gas «aedélico». Me voy aclimatando.

— Es lógico. Espero que esta conversación sirva para que haya un mejor entendimiento entre nosotros. No lo olvides.

— No lo olvidaré. Te estoy muy reconocido, Greet.

— No hay de qué. Llama a esa chica y dile que irás a su fiesta. Ya me contarás mañana cómo te ha ido. Y aprende de esas mujeres. Podemos necesitarlo para orientar a Eve Marsh, quien será nuestra primera «mujer» en este planeta.

* * *

La puerta se abrió y una horrible carátula apareció ante Joseph, quien retrocedió unos pasos, aturdido por la extraña visión y por el ensordecedor estruendo musical que salía del apartamiento.

— ¡ Oh, qué hombre más apuesto! — exclamó una voz femenina y agradable, detrás de la máscara—. ¡ Ven, Marion! Debe ser tu amigo, el criado del señor Greet.

Joseph aún tardó unos segundos en comprender que alguien se había disfrazado para embromarle.

Efectivamente, la amiga de Marion se quitó la máscara, mostrando un rostro ovalado y atrayente, que, cubría un cabello violentamente rojo y revuelto. Joseph se percató entonces de que la muchacha vestía una especie de casaca de escote acuchillado, muy corta y de mangas amplias.

Marion asomó por una puerta, detrás de la joven del cabello escarlata.

— Hola, Joseph. Esta loca es Veronik Leigh. También trabaja en la Oficina del Registro. Pasa. Has sido muy amable al venir. Estamos celebrando un «Carnaval Indio».

— ¿Qué es eso? — preguntó Joseph, al entrar en el pequeño recibidor, viendo cómo Veronik se colgaba de su brazo, con expresión de inefable alegría.

— Nada. Aquí, a una reunión de amigos se le llama así. Acostumbramos a disfrazarnos, bailamos, bebemos champaña, comemos bocadillos y escuchamos música. Esperaba que trajeses alguna botella.

— Lo siento. Ignoro las costumbres de Oskaloosa.

— ¡ En toda América es igual! Pero tú eres amnésico y se comprende. Cierra la puerta, «Bruja número dos».

— ¡ Sí, pero él es mío! Tú baila con Gudry, Sally que se bese con Arthur, y Emily, que conquiste a Oliver Grant.

— No, hermosura. Joseph es la primera vez que viene a mi casa y es mi huésped — contestó Marion altivamente.

— ¡ Egoísta!

— Gudry te espera en la bañera, querida Nik Leigh.

Había bastante animación en el salón. Pero nadie se fijó en el recién llegado.

— ¡Eh, chicos; éste es Joseph!

— Hola, Joe. ¿Qué tal? — saludó un muchacho alto y rubio, muy despeinado, que se balanceaba al compás de una música extraña, surgida de un vibráfono electrónico creador de sonidos incoherentes. Otra chica, con corta cabellera gris, se apoyaba en su hombro. Las máscaras le colgaban del cuello.

Joseph Hampton se extrañó de la ligereza de ropas en que estaban todos, mujeres y hombres. Por la calle no había visto él aquellos atuendos, que parecían interiores. Mujeres y hombres se vestían normalmente de otra manera.

— ¿Qué licor has traído, Joe? — preguntó, guiñándole el ojo, la acompañante del joven rubio.

— «Granate-oloroso» — mintió Marion, para proteger a Joseph —. Lo he puesto a refrescar.

— ¡ No la creas, Emily! — gritó Veronik Leigh, desde la puerta del cuarto de aseo, de donde salían voces destempladas, cantando desatinadamente —. ¡ Es amnésico y no conoce las costumbres americanas!

— ¡ Deslenguada! — gritó Marion alegremente.

— Si quieres, puedo ir al establecimiento más próximo y traer lo que necesitéis. Por lo que pudiera ser, he traído algún dinero.

— ¡No, tonto; todo esto es broma! Luego me quedarán botellas y pastas que encontraré hasta debajo de la alfombra. Ponte cómodo, Joseph. Ésta es tu casa. ¿Dónde están Sally y Arthur?

— Debajo de tu cama, besándose.

— ¡ Son insaciables! Si al menos, se decidieran a casarse... Toma y bebe, Joseph.

— No puedo beber, Miriam. Ya lo sabes. La otra noche me obligaste a beber y me sentó mal.

Las palabras de Joseph cayeron como una bomba entre los reunidos. Y, precisamente, Gudry y Veronik habían salido del cuarto de baño. Él, con el torso desnudo, abrazado a ella.

— En estas fiestas se suele beber. No debes ser un aguafiestas, Joseph.

— Lo siento... Si queréis, me puedo encargar de poner los discos. Os bailaré como en... — ¡El hombre de Swik estuvo a punto de brotar de sus labios!—... en donde yo vivía antes.

— ¿Lo recuerdas, Joseph? — preguntó Marion, anhelante.

Él negó con la cabeza.

— No... Pero hago música mental.

— ¿Música mental? — preguntó Veronik, acercándose—, ¿Qué es eso, guapo?

Joseph se dio cuenta de que estaba cometiendo muchos errores. Debía concentrarse más. Y recurrió a su «tercer mente». Allí se sentía más seguro. Su cerebro estaba más en actividad, más en guardia.

Pero ya no podía echarse atrás. Y dijo:

— Os haré una imitación. No sé cómo lo aprendí. Mi voz se

presta a imitar instrumentos musicales. Oíd esto.

Pese a que el vibráfono estaba funcionando a gran amplitud, de la boca de Joseph pareció surgir algo parecido, en principio, a un gorjeo de pájaros, muy melódico y rítmico, pero música extraña y desconocida, en conjunto, que maravilló a todos, haciendo salir de su refugio a la pareja que faltaba.

Joseph, moviéndose en torno, con un movimiento ondulante de su cabeza, continuó unos minutos haciendo su interpretación «orquestal», y los tonos que surgían de su garganta eran maravillosos, exóticos, impresionantes, hasta el extremo de que Oliver Grant se apresuró a cerrar el vibráfono, para que fuese Joseph el único «hombre-orquesta».

Al cabo de un rato, cuando el intérprete estaba más concentrado en su actuación, Marion se puso a aplaudir fuertemente y sus amigos le imitaron con estrépito.

— ¡ Bravo, magnífico! ¡ Eres estupendo, Joseph!

— ¿Dónde has aprendido eso? ¡Jamás había escuchado nada igual!

— ¡Dejadle que continúe!

— ¡ Si parece una orquesta de diez músicos!

— ¡ Yo digo que esto no hay quien lo haga en el mundo! — gritó Gudry—. ¿Por qué no te presentas a la Cadena PS-News? ¿Te harías famoso en una sola sesión?

— Sólo lo hago para los amigos — dijo Joseph, con modestia.

— ¡ Hazlo otra vez, por favor! — suplicó Sally Connor, olvidándose de Arthur y pegándose a Joseph.

Marion salió en defensa de su «protegido».

— ¡Vamos, basta, mosconas; dejad en paz a mi Joseph! ¡Nos encerraremos en el armario, amigo mío! Allí no nos molestará nadie.

— ¿Habéis escuchado en cualquier ocasión algo semejante? — estaba preguntando Veronik —. Es una lástima que se pierda un talento así... ¡ Si no le ayudamos, no me lo perdonaré jamás!

— ¿Ayudarme en qué? — preguntó Joseph, receloso.

— ¡Tienes que dejar de servir al señor Greet! ¡Tú no puedes ser criado de nadie!

— No puedo hacer otra cosa. El señor Greet me trata con mucha consideración. Además, mi licencia es de tercera clase.

— ¡ Olvídate de la licencia! — gritó Veronik —. Soy la secretaria del Mayor Strong y presento mi renuncia al puesto si mañana mismo no te consigo yo una licencia de ciudadano de primer orden. Con esas facultades te contratará la Cadena PS-News en cuanto te

oigan.

— No, no... Yo no puedo vivir de esto. Es sólo una afición que cultivo. No sé cómo lo aprendí.

— Dejadle. Yo hablaré con él.

* * *

Los labios de Marion se separaron de los suyos. Él no se había estremecido siquiera, pero captó la intensidad del calor aumentando la respiración y la circulación de la sangre de la muchacha.

— Me gustas, Joseph — musitó ella.

Estaban sentados dentro de un armario ropero, en sendas banquetas metálicas. Él se recostaba contra un rimero de prendas de vestir y ella se había inclinado hacia él, para abrazarle.

— Lo siento, Marion... Yo no puedo corresponderte... Por favor, no debes tocarme siquiera.

— ¿Qué clase de hombre eres?

— No puedo decírtelo — contestó Joseph, enervado y replegado a su «quinta mente», lo que significaba una tensión mental capaz de hacer vibrar hasta las paredes—. Creo que el señor Greet tiene razón... Yo no soy de los vuestros... Tengo que irme.

— ¡No te irás, Joseph! ¡Hoy mando yo! — gritó ella, abrazándose a él de nuevo y buscando con los dedos el modo de llegar a su piel.

En la oscuridad, los ojos del «swik» brillaron intensamente.

CAPÍTULO III

¡ Muerta!

¡Marion Mili estaba muerta!

Lo notó de pronto al captar la flacidez de sus brazos, la relajación total de sus músculos, el ladeamiento de la cabeza.

Joseph se levantó y ella cayó pesadamente al suelo.

Abrió la puerta de un fuerte golpe y gritó. Su «quinta mente» parecía haber enloquecido, porque gritó:

— ¡ Venid todos! ¡ Marion está muerta!

Oliver Grant fue el primero en llegar a su lado y sujetarlo del brazo. Veronik, medio desnuda, llegó corriendo.

Joseph señalaba la puerta abierta del armario, del que salía una preciosa pierna de Marion, extrañamente inmóvil.

— ¡ Está muerta! ¡ Ha debido sufrir un ataque cardíaco!

— ¡ No! ¡ No puede ser! — exclamó Veronik, poniéndose a chillar acto seguido.

Los otros llegaron también. Fue Gudry quien se inclinó sobre Marion y le tomó el pulso. Luego, miró a Joseph.

— ¿Qué ha ocurrido?

— No lo sé. Me estaba besando...

— No es muy delicado eso. La estabas besando. Ella es... es una mujer.

— ¡Os digo la verdad! Gimió, de pronto, y se ladeó. Yo no le he hecho nada.

Arthur hizo salir a las muchachas. Alguien cerró el vibráfono y un ominoso silencio se hizo en el apartamiento.

— ¿Qué hacemos? — preguntó Oliver Grant—. Hay que hacer algo... Pongámosla sobre el lecho.

— Es mejor no tocarla. Debemos avisar a la policía.

— ¿Por qué a la policía? — preguntó Joseph—. ¡Yo no la he matado!

— No he dicho eso. Pero Marion ha muerto.

— Es mejor avisar a un médico. Llamaré al doctor Pittsburg. Vendrá inmediatamente. Él sabrá si Marion sufría alguna dolencia cardíaca. También puede certificar la muerte como natural y no hay

necesidad de llamar a la Brigada de Investigación Criminal.

Había un videófono sobre una mesita incrustada en el muro. Gudry fue hacia él, mientras hablaba, y presionó el llamador. Al iluminarse el disco, marcó un número, surgiendo automáticamente un rostro de mujer.

— Consultorio del doctor Pittsburg. ¿En qué puedo servirle?

— Mi nombre es Gudry Kenneth, de la Oficina del Registro de Colocación. ¿Puede venir el doctor Pittsburg al apartamiento de Marion Mili? Creo que está muerta.

— ¿Muerta? ¡Le aviso inmediatamente! ¡Corto!

La comunicación se cortó, y Gudry cerró también la comunicación, volviéndose luego a los otros. Joseph era el que parecía más consternado de todos.

— No hacíamos nada... Os lo aseguro... Ella estaba sentada sobre mis rodillas.

— Prefiero más no saber nada — replicó Gudry secamente.

«¡Tenéis que creerme! ¡Esto no debe trascender! ¡Yo haré que el doctor certifique la muerte!... ¡No, haré que Marion resucite lentamente! ¡ Puedo hacerlo! ¡Reactivaré su corazón! ¡Todavía es tiempo! ¡Ahora, salid de aquí! ¡Debo hacerlo! ¡Esto ha sido un accidente fatal! ¡ Salid los dos!»

Gudry y Oliver Grant obedecieron al imperioso y telepático mandato. Actuaron como si no quisieran saber nada con el extraño huésped de Marion.

Joseph, al quedar solo, se acercó al armario y se arrodilló junto a Marion, a la que volvió el rostro hacia arriba. Entonces, sus manos se apoyaron sobre el pecho de ella, deslizándose por encima de los senos hacia las clavículas, a la vez que efectuaba círculos extraños. Pero de las yemas de sus dedos surgieron débiles chispas azules que repicaban constantemente sobre la piel de Marion.

Así estuvo unos minutos. Luego se detuvo, como descansando. Tiró entonces de las piernas de la muerta y la sacó del armario, para tomar algunas prendas de ropa, hacer un envoltorio, que colocó bajo la nuca de ella, de forma que la cabeza le quedó colgando ligeramente hacia atrás.

Entonces, repitió la misma operación anterior, pero sobre las sienes y los oídos de Marion.

Cuando estaba haciendo esto se abrió la puerta y apareció Veronik Leigh.

— ¿Qué estás haciendo?

— Creo que no ha muerto—dijo Joseph—. Gudry se ha equivocado. Ha podido ser un colapso emocional. Respira muy

débilmente.

Joseph estaba mintiendo deliberadamente. Pero sabía que podía resucitar a la muchacha.

Y la noticia causó tanta impresión que todos acudieron inmediatamente y rodearon a Joseph y a Marion. Pero el hombre de «Swik» había terminado ya su singular «masaje» y tomaba el pulso, a la vez que fingía escuchar con el oído pegado al pecho de Marion.

— ¿Late su corazón? — preguntó Gudry angustiosamente.

— Sí... Está recobrándose... Hay que dar más ventilación al aire acondicionado.

— ¡Yo lo haré! — gritó Sally.

En efecto, Marion emitió entonces un gemido y se contrajo débilmente. Todos pudieron verlo.

— ¡ Vive! ¡ No está muerta! — gritó Oliver Grant, maravillado.

— Efectivamente. Todos nos hemos asustado sin motivos. De todas formas, el doctor Pittsburg la reconocerá y le dará un estimulante... ¡Creo que Marion te debe la vida, Joseph! ¡Yo no capté el latido de su pulso!

— Es fácil equivocarse. ¿Y si la colocamos sobre el lecho?

— Será mejor. Agárrala con cuidado de las piernas.

Entre todos levantaron a Marion y la llevaron al lecho, colocándola allí con cuidado. Luego, salieron al salón, donde reinaba el más indescriptible desconcierto.

— Será mejor arreglar esto un poco antes de que llegue el doctor. Podría causarle mala impresión — propuso Gudry —. Hagámoslo entre todos en un momento.

En efecto. Se pusieron todos a recoger botellas, prendas de ropa arrojadas por todas partes, pusieron en orden los muebles y, cuando estaban concluyendo, se oyó el zumbido del llamador de la puerta.

Gudry salió a recibir al doctor.

* * *

— ¿Cómo se siente, Marion? — preguntó el doctor Pittsburg, sonriendo.

Marion acababa de recobrar el conocimiento y miró en tomo suyo, sin saber exactamente dónde se encontraba. Tampoco reconoció al médico.

— ¿Qué...? ¿Qué me ha sucedido? ¿Dónde estoy?

— Está usted en su apartamiento, pequeña Marion. Soy el doctor Pittsburg. ¿No me recuerda? Ha tenido usted un colapso emocional, pero no es nada grave. Le he inyectado un estimulante.

Marion miró hacia los jóvenes que estaban detrás del médico. Al

ver a Joseph, su boca se abrió, a la vez que cerraba instintivamente los ojos.

— ¡La luz roja! ¡Eran ojos brillando en la oscuridad! ¡ Tú, Joseph! ¡ Tus ojos brillaban!

— Vamos, pequeña, tranquilícese — replicó el doctor, acariciándole la frente.

Pero Marion se incorporó de pronto, angustiada.

— ¡ No son ojos humanos!

«¡No sigas diciendo tonterías, Marion!—ordenó Joseph, valiéndose de su «tercera mente»—. ¡ Nadie va a creerte y pueden tomarte por loca! ¡ Olvídate de mis ojos! ¡He hecho demasiado por ti y he puesto en peligro a todos los míos! ¡Olvídate de lo sucedido; te lo ordeno yo!»

Marion miró a Joseph, un tanto desconcertada, y su expresión se dulcificó.

— Perdona... No sé lo que digo.

— Es mejor que descanse, pequeña. Dentro de poco se sentirá mejor. No ha sido más que un simple desvanecimiento. — El doctor Pittsburg obligó, dócilmente, a que Marion se tendiera de nuevo y se volvió a los otros jóvenes —: Les aconsejo que salgan.

Los aludidos obedecieron, excepto Joseph, quien se acercó a la enferma, para acariciarle el hombro.

— Lo siento, Marion — musitó—. No te preocupes. Pronto estarás bien... No ha sido nada.

Los hombres tenían que mentir al hablar. Joseph se había dado cuenta. Era necesario comunicar a los demás lo que no se sentía. Esta virtud extraña de los terrestres maravillaba a Joseph, y su admiración por Marion fue en aumento.

— Gracias, Joseph.

— Ahora me iré. Ya es tarde. Mañana te llamaré a ver cómo te encuentras.

— Sí... Hazlo... Se me cierran los ojos.

Él le acarició el rostro y salió de la alcoba, cerrando suavemente la puerta a su espalda.

En aquel momento, el doctor Pittsburg decía a
Gudry:

—... es joven y no es fácil morir a esa edad. Has debido asustarte y con ello me asustaste a mí.

— Lo siento mucho doctor. Creí que estaba... ¡ Y me alegro extraordinariamente de que viva! Estábamos en una reunión alegre.

— Otra vez que ocurra algo, cerciórate bien de que es un colapso. Bueno, ahora me marcho. ¿Vive ella sola aquí?

— Sí. Pero yo me quedaré con ella, por si necesita algo—dijo Veronik Leigh—. ¿Cree usted conveniente que vaya mañana a lo oficina?

— No. Yo volveré a mediodía para ver como se encuentra. Personalmente, cursaré el parte de baja. Ha debido trabajar mucho últimamente. Y ahora, me voy. Hasta otra.

El médico se retiró y, al poco rato, se fueron también Emily y Oliver Grant. Cuando éstos salían, Joseph dijo:

— Será mejor que yo también me marche. Lamento lo sucedido.

— Te acompañaré, Joseph — dijo Gudry—. Voy camino de la calle Duggart. Puedo llevarte en mi coche.

Joseph no contestó. Esperó a Gudry, quien habló con Veronik en voz baja, y luego se dirigió a la salida, siguiendo a Joseph.

Mientras descendían en el ascensor, hacia el primer piso, el compañero de trabajo de Marion, observó:

— Ella se alteró mucho al verte, en el momento de recobrarse. Y dijo algo muy raro. Se refirió a ojos que brillaban en la oscuridad.

— No sé lo que quiso decir.

— Dijo que no eran humanos. Sólo tú estabas con ella.

— El propio colapso debió afectar sus nervios. En tales casos se suelen decir tonterías. Es absurdo decir cosas así.

— ¿Qué estabais haciendo en el armario?

Joseph, precavido, eludió la respuesta.

— Nada... Hablábamos.

— ¿A oscuras?

— ¿Estás celoso, Gudry?

— ¿Por qué había de estarlo? Tú eres un tipo raro, Joseph. Te he escuchado antes cantar de aquel modo. Eso me hizo pensar en el modo en que llegaste a la oficina en busca de empleo. Los individuos que hacen lo que tú no deben estar sirviendo a nadie.

— Tengo mis motivos para estar con el señor Greet. Ignoro hasta mi verdadero nombre. No sé quién soy.

— ¿Y sabiendo hacer esa especie de música se te ocurrió aceptar un empleo de sirviente en una época en que nadie quiere servir a otra persona?

El ascensor se detuvo y la puerta se descorrió automáticamente. Los dos hombres salieron al vestíbulo.

Allí, Gudry se detuvo.

— Eres un sujeto muy extraño, Joseph Hampton. Más que extraño, sospechoso... ¡Ésa es la palabra exacta! Y se me ocurre que mañana mismo, en cuanto llegue a la Oficina, haré que se abra una investigación oficial. No creo en eso de la amnesia. Me parece un

truco fácil.

— ¿Por qué tienes que dudar de mí? — se alarmó Joseph, poniéndose mentalmente a la defensiva.

— Hay muchas cosas en ti que no acaban de complacerme.

— La antipatía personal no te da derecho a desconfiar de mí. No es justo que la policía me moleste porque Marion sienta más predilección por mí que por ti.

— ¡ Eres un necio, Joseph! — gritó Gudry.

El aludido quedó desconcertado, sin saber qué replicar. Gudry, por su parte, añadió:

— ¡Y no quiero ser tu amigo! ¡Haré lo que he dicho! Averiguaré quién eres y de dónde has venido. Estoy seguro de que algo turbio se esconde en tu vida... ¡Y no pararé hasta saber la verdad!

Antes de que Joseph pudiera responder, Gudry se alejó rápidamente. Salió del edificio y se dirigió hacia donde tenía aparcado su bólido particular.

Joseph sintió el peligro que le amenazaba. Gudry era muy capaz de cumplir su palabra. Naturalmente, ni la policía iba a descubrir nada. Y en esto, precisamente, estaba el peligro. Una petición de informes, de la Oficina del Registro de Colocación, abriría una investigación. Los inspectores irían a verle. Alguno podía dudar...

Joseph no perdió ni una décima de segundo en darse cuenta del peligro que iba a correr. Por este motivo, salió en pos de Gudry y se detuvo a unos diez metros de donde el otro estaba sacando su bólido del aparcamiento.

¡ Joseph pronunció mentalmente su primera sentencia de muerte!

«¡No quiero que hables, Gudry! ¡Vas a lanzar tu vehículo a toda velocidad! ¡ Y te estrellarás contra un poste de alumbrado! ¡Tienes que morir en accidente, provocado por ti mismo!»

Efectivamente, Gudry maniobró hasta situarse en ruta. Entonces, su vehículo adquirió velocidad progresiva.

Joseph iba contando los segundos mentalmente. Sabía la dirección que seguía Gudry. Y ni siquiera necesitó mirar con los ojos «humanos» de su disfraz, incapaces de ver, hasta que su mente prodigiosa, siguiendo la marcha del bólido, captó el accidente, al desviarse el. vehículo, como si algo de su complicado mecanismo electrónico hubiese fallado, e ir a estrellarse violentísimamente contra una farola del alumbrado público.

Gudry resultó muerto en el acto, destrozado el cráneo contra el parabrisas.

* * *

— Te aconsejé que no debías ir a esa fiesta — Greet Stamper habló gravemente al cabizbajo Joseph—. Estaba seguro de que podía ocurrir algo.

— No sé cómo fue, Greet. Algo extraño ocurrió. Algo anormal. Fue Marion Mili. Vio relucir mis ojos. Intenté desconcertarla y… Bueno, su organismo falló.

— ¿Falló su organismo? No comprendo.

— Sufrió un colapso del que pronto se rehízo. Hubo que llamar a un médico, quien la reanimó. — Joseph empleaba todos sus recursos para contrarrestar el poder de «penetración mental» de su compañero, dado que confesar la verdad habría sido peor—. Pero un amigo de Marion me sugirió su desconfianza hacia mí. Por eso hube de recurrir al accidente, a consecuencia del cual murió. He matado a un terrestre deliberadamente.

— Tengo que informar a Mootmo.

— Pero ¿no está en camino?

Greet Stamper frunció su falso ceño humano. Había asimilado perfectamente las expresiones de las gentes aborígenes.

— Sí, es, verdad. Pronto estará aquí, con el nombre de James D. Brennan. Tendré que esperar. Pero no te permitiré salir de nuevo. No tienes experiencias con estos seres, Joseph. Debo permitirte que aprendas, y lo hago. Más tú no haces las cosas bien. Esa muerte prematura podía evitarse.

— Mootmo me dijo, antes del «traslado», que dejaba a mi criterio el modo de actuar en cada caso y situación. Creí hacer bien, dado que Gudry iba a denunciarme. Mi situación no hubiese resistido una investigación en serio.

— Bien, dejémoslo. Ahora, retírate a descansar. Tendré que efectuar un reconocimiento en tu sistema de adaptación. Eres capaz de haber ingerido alguna de esas venenosas bebidas de los terrestres y estar en malas condiciones.

— ¿No quiere que le ayude en la «recepción»? — preguntó Joseph—. No he bebido nada.

— No te necesito. Tengo a Pellam y Scorn.

— Está bien. Estaré en mi alcoba.

Greet dio media vuelta y se alejó, desapareciendo por la puerta secreta que conducía al sótano, mientras Joseph se quedaba un rato meditando, tratando de descubrir el posible error que hubiera cometido.

En esta inspección mental le sorprendió el zumbido del videófono. Le extrañó que alguien le llamase tan tarde, pero inmediatamente pensó en Marion.

No se alteró su semblante al conectar el aparato y encontrarse ante el busto de un oficial de la Brigada de Policía de Tráfico.

— ¿Residencia del señor Greet? ¿Es usted Joseph Hampthon? — fueron las palabras del funcionario.

— Sí. ¿Qué sucede?

— Perdone que le moleste a estas horas tan intempestivas. Quería hablar con usted. Me han dicho que salió usted acompañando a Gundry Kenneth del apartamiento de Marion Mili.

— Pues… Sí, salimos juntos. ¿Ha ocurrido algo?

— El señor Kenneth ha muerto, al estrellarse su bólido contra un farol de alumbrado, seguramente segundos después de haberle dejado usted.

— Pues… En efecto, salimos juntos. Discutimos en el ascensor. En la calle nos separamos. Yo tomé un bólido de alquiler y él se marchó hacia el aparcamiento… ¡Oh, siento profundamente lo ocurrido!

— Le espero mañana, a las diez en punto, para testificar ante el «registrador». Por favor, no falte. Necesitamos la mayor cantidad de información posible… ¡ Tenemos motivos para creer que Gundry Kenneth ha sido asesinado!

CAPÍTULO IV

El oficial Phil Larkin, de la Brigada de Policía de Tráfico, era joven y recién salido de la Academia de Glendale, por lo que llevaba en la mente todos los reglamentos y ordenanzas y, de corazón, estaba dispuesto a cumplirlos.

Se le encomendó, a medianoche, el accidente sufrido por Gundry Kenneth, e inició la investigación creyendo que se trataría de un asunto de rutina.

Acudió al lugar del siniestro, presenció la retirada del cadáver y observó a los técnicos mientras examinaban los restos del bólido.

— ¿Rotura de dirección, sargento? — preguntó Larkin, cuando su colaborador se le acercó con una pieza electrónica que acababa de desmontar.

El sargento Donahue sacudió la cabeza.

— No, oficial Larkin. El control de dirección indica que el muerto lanzó el vehículo deliberadamente contra la farola.

— ¿Suicidio?

— Es lo más probable. Debemos averiguar de dónde venía y hacia dónde iba. Puedo anticiparle que se llamaba Gundry Kenneth y que era funcionario de la Oficina del Registro de Colocación.

Phil Larkin había anotado aquel informe en su grabadora pectoral. Para ello sólo tenía que pulsar la palanca. También presionó el botón de comunicación e inclinó la cabeza hacia el micrófono.

— Control. Un informe de Gudry Kenneth, funcionario de la Oficina del Registro de Colocación y muerto en accidente en la avenida Brima, frente al número 286.

— Recibido. Comunicaremos en breve. Corto — respondió una voz.

El equipo de Donahue trabajó bien. Retiraron el cadáver, y una furgoneta de los de Tráfico se llevó los restos.

Hasta el momento, todo parecía indicar un caso rutinario. Lo más probable era que el muerto hubiese estado bebiendo y, al regresar a su domicilio, una falsa maniobra le hubiese conducido a la muerte. No era nada extraño. Larkin sabía que la mayoría de los

accidentes nocturnos obedecían a este motivo. Además, el difunto era un individuo joven.

Sin embargo, pronto empezaron a llegar noticias. Y una de ellas hizo que Phil Larkin, metódico y disciplinado, se dirigiera hacia el inmediato edificio «Brima», a donde subió hasta el piso ocupado por Marion Mili.

Fue Veronik Leigh, cubierta con una ligera bata, la que abrió la puerta, frotándose los ojos.

— ¿Es usted Marion Mili? — preguntó Larkin, cortésmente.

— No... Ella está algo indispuesta. Soy una amiga suya. Ha venido el médico y le ha administrado un sedante. Yo me he quedado aquí, por si me necesita.

— Cerca de aquí ha ocurrido un accidente. Un hombre ha resultado muerto. He venido pensando en que podía obtener algún informe.

— ¿Un muerto? — exclamó Veronik, aterrada —. ¿Cómo se llama?

— Gundry Kenneth. Le conoce us... ¡Ya veo que sí!

— ¡ No, no es posible! Gundry se ha marchado hace poco y estaba perfectamente ¡ Eso es espantoso! ¡ Qué noche más horrible! ¡ Precisamente estábamos celebrando un «Carnaval Indio»...!

— Comprendo. No tengo aún el informe de la autopsia. Pero es normal. Debieron beber ustedes.

— ¡ Gundry no salió de aquí embriagado! — exclamó Veronik—. Iba con Joseph Hampton, quien lo puede atestiguar.

— ¿Hampton? ¿Quién es?

— Un amigo.

— ¿Sabe dónde vive?

— Sí, naturalmente. En el 291 de la calle Duggart. Es criado del señor Greet Stamper. Los otros se fueron antes.

— ¿Otros? ¿Cuántos eran ustedes?

Veronik mencionó los nombres de cuantos habían asistido a la fiesta y luego explicó lo ocurrido a Marion. Fue precisamente esto último lo que más pareció interesar a Phil Larkin.

— ¿La creyeron muerta y luego resultó que no lo estaba?

— Sí. Gudry debió reconocerla mal. Él no es médico. En cambio, Joseph Hampton tuvo consciencia y actuó rápidamente, aunque de modo extraño. Ya habíamos llamado al doctor Pittsburg.

— ¿Qué quiere usted decir con eso de que Joseph Hampton actuó de modo extraño?

—Bueno. Nos hizo salir del cuarto. Se quedó a solas con Marion y... Él la hizo volver en sí.

* * *

Phil Lar km examinó a Joseph Hampton de pies a cabeza, cuando éste penetró en su oficina, al día siguiente de la muerte de Gudry.

— Buenos días, oficial Larkin. Soy Joseph Hampton; me han dicho que estaba usted aquí.

— ¡Ah, sí! ¿Cómo está usted, señor Hampton? Siéntese, por favor.

Gravemente, Larkin señaló el sillón, frente a su mesa, mientras abría una carpeta que tenía delante.

— Siento mucho la muerte de Gudry Kenneth, oficial— empezó a decir Joseph—. Acababa de dejarle anoche cuando...

— Dígame una cosa, señor Hampton... ¿Por qué hace usted de sirviente? — La pregunta de Larkin no sorprendió a Joseph y venía preparado para ello.

— No es el primero que me pregunta esto. A todos les extraña. Y yo no veo nada raro en ello. Sé que me llamo Joseph Hampton, pero, a decir verdad, no estoy seguro. Sufro amnesia. Estoy indocumentado. Ignoro dónde nací y de dónde soy. Un día me encontré sentado en el banco de un paseo, sin trabajo y sin dinero.

»Es una situación muy desagradable, créame. No supe qué hacer. Tampoco tenía dinero. Leí un anuncio en un periódico.

— ¿Por qué no acudió a un hospital? — inquirió Larkin, mirando fijamente a su visitante, como queriendo penetrar en sus pensamientos.

— No lo sé. No me sentí enfermo. Sólo tenía pérdida de memoria. Pero comprendí que debía encontrar alguna clase de trabajo.

— Es muy extraña su actitud, en verdad. Primero debió usted acudir a las autoridades. Se le habría identificado. En alguna parte deben saber quién es usted.

— ¿Por qué no acudí a la policía? — preguntó Joseph—. Bueno, ya sabe usted que la gente procura evitar esos tratos oficiales.

— No nos comemos a nadie, si no se trata de un delincuente.

— ¿Sabía yo sí lo era? ¿Y si me encuentro con que soy un evadido de algún centro de adaptación?

— No lo creo. No parece un criminal. Pero dejemos eso, de momento. Usted y Gundry Kenneth salieron anoche del apartamiento de Marion Mili, donde ocurrieron varios incidentes.

— Sí, es cierto.

— Marion Mili sufrió un desvanecimiento y usted la ayudó a recuperarse. ¿Es usted médico? — preguntó Phil Larkin, mirando

cada vez más intensamente a Joseph.

— No lo sé.

— No me queda más remedio que tratar de identificarle a usted. Es mi deber comunicarlo a la Brigada de Investigación.

— Sí — admitió Joseph seriamente —. Creo que es lo mejor. Acepté el empleo con el señor Greet Stamper porque no necesitaba referencias. Es indudable que soy norteamericano.

— Hay personas en el extranjero que hablan perfectamente nuestra lengua.

— Pero yo no soy extranjero — adujo Joseph.

— Investigaremos detenidamente su caso. Averiguaremos quién es usted y luego veremos si podía tener algún motivo, directo o indirecto, para desear la muerte de Gudry Kenneth. Arinque, Marion Mili puede ser ese motivo.

Joseph sonrió tristemente.

— Entiendo lo que quiere decir, oficial Larkin. Ambos podíamos estar enamorados de Marion, ¿verdad?

— Efectivamente. Y usted podía tener interés en librarse de su rival. Para ello, nada más fácil que hurgar en la dirección del bólido de Gudry Kenneth, bloquear el dispositivo electrónico y hacer que se estrellase al intentar tomar la primera curva.

Joseph sonrió con tristeza.

— Eso es mucho suponer. Ni siquiera sé cómo funcionan esos dispositivos electrónicos.

— Hay algo más, señor Hampton. El bólido de Gudry Kenneth lleva un registro de grabación, cuya cinta magnética hemos podido recoger intacta. Resulta evidente que, al no poder controlar su bólido, Gudry Kenneth gritó y su voz quedó registrada en la cinta.

— ¿Qué fue lo que dijo Gudry?

— Óigalo usted, por favor — contestó Phil Larkin, presionando un botón del tablero de su mesa.

En el acto, se oyó un zumbido, seguido de una voz angustiada, diciendo:

«¡Es un demonio! ¡Quiere matarme! ¡Sus ojos no son humanos! ¡Es un...! ¡Aaaagh!»

Era una impresionante grabación de la desesperada voz de Gudry en los últimos instantes de su vida.

Joseph, empero, no se inmutó.

— ¿Se refería a mí?

— Usted fue la última persona que lo vio vivo. Usted apareció no hace muchos días en Oskaloosa, pidiendo trabajo, y obtuvo una licencia especial de tercera clase, como emigrante. Una excelente

oportunidad que le brindó el señor Greet Stamper. Dentro de algunos años, su situación estará legalizada y será usted un súbdito norteamericano de pleno derecho. ¿Quién es usted, Joseph Hampton?

— No soy un terrestre, oficial Larkin — contestó Joseph —. Piénselo bien y comprenda que nada puede hacerme. Está usted enteramente dominado por las ondas de mi mente. Por tanto, y como no deseo matarle como a Gudry, debe usted hacerme caso y obedecer todo cuanto le ordene.

Phil Larkin se quedó extrañamente rígido, mirando a su visitante. Ya no fue capaz de formular un solo pensamiento propio, al quedar sojuzgado por el enviado de Mootmo.

— Usted podrá seguir comportándose como un oficial de la Policía de Tráfico — prosiguió Joseph, ahora utilizando el poderoso lenguaje de sus ideas, sin mover siquiera los labios —. Me olvidará por completo. Actuará como si yo no existiera. Dará usted órdenes de investigar únicamente la vida de Gudry Kenneth, pero, aunque me mencione, nada podrá actuar contra mí. Seré un vulgar sirviente, sin importancia. ¿Comprende?

Larkin asintió.

— Bien. Demos por terminado este interrogatorio. Mi vida no le interesa a usted.

— Perfectamente, señor Hampton — respondió Larkin.

— Y, por lo tanto, puedo marcharme.

— Sí. Puede usted marcharse.

— Debo decirle, para descargo de su subconsciente, que nuestra misión aquí es extraordinariamente importante y no puede malograrse por la intromisión de nadie. Si es preciso protegernos, lo haremos. Pero nosotros no hemos venido aquí a causarles ningún daño, sino a mezclarnos entre los humanos durante mil años, crecer como crecen ustedes y sustituirles cuando desaparezcan del todo.

— ¿Es que vamos a desaparecer? — preguntó Larkin, también mentalmente.

— Así está dispuesto en el «Plan 1.001». Desde luego, dentro de mil años, no existirá nadie de los que viven ahora. El planeta en que estamos será muy distinto. Estamos llegando en estos momentos. Digamos que se realizará un relevo y no una invasión. Pero eso sólo lo sabemos nosotros, que vivimos muchos más años que ustedes.

»No hay peligro, excepto para el que pretenda descubrir nuestros planes. Y usted no debe hacerlo.

— No lo haré, aunque peligre la humanidad.

— La humanidad no está en peligro. Le repito a usted que nada

les amenaza. Sólo nosotros estamos amenazados de ser descubiertos. Y si tal cosa ocurriera, nuestros planes no podrían realizarse.

— Entiendo — musitó Larkin, mentalmente—. Puede irse tranquilo. No volverá a ser molestado.

— Recurriré a usted de nuevo, dentro de poco. Necesito introducir en la Policía de Trafico a algunos de nuestros camaradas que han venido o vendrán en lo sucesivo a estudiarles a ustedes, para adaptarse a su ambiente.

»Pero de eso ya le hablaré cuando llegue el momento — Joseph Hampton se puso en pie y tendió la mano al oficial—. Adiós. Volveremos a vernos.

— Cuando guste, señor Hampton — contestó Larkin, en voz alta.

* * *

Al regresar de la cremación oficial de los restos mortales de Gudry Kenneth, a la que asistió en compañía de Marion, Veronik, Emily, Sally, Arthur, Oliver Grant y otros compañeros, Joseph se encontró con nuevos enviados de Swik, en casa de Greet Stamper.

David Pellam y Randy Scorn ya se habían marchado, el primero a instalar su comercio en una importante avenida de Oskaloosa y el otro a alistarse a la Legión Americana.

Joseph no se sorprendió al ver un hombre, elegantemente vestido, de impoluta camisa jaspeada, cabellos ligeramente entrecanos y facciones correctas.

Supo inmediatamente quién era aquel hombre que en la Tierra se haría llamar James D. Brennan y que estaba destinado a ocupar un elevado puesto en la política y en las finanzas.

— Me alegro de verle entre nosotros, señor Brennan — saludó Joseph.

— Hola. Greet me está comunicando tus errores, Joseph. No es eso lo que te ordené en Swik.

— Han surgido contratiempos, Mootmo.

— ¡Llámame siempre James D. Brennan! —casi gritó el hombre —. Debes rectificar en el acto y limitarte a cumplir estrictamente. Si algo saliera mal, la Corte no te lo perdonaría y serías destruido.

Joseph no se inmutó.

— He obrado siempre de acuerdo con las circunstancias, señor Brennan.

— ¡No! Te has dejado llevar por un extraño y raro sentimentalismo. Greet dice que una mujer murió, dominada por tus influjos mentales, y la reviviste, contra toda lógica.

— Sí. Marion no debió morir. Fue mi culpa. No debí encerrarme con ella en un lugar tan estrecho. Era una fiesta. Expuse a Greet los motivos que tenía para acudir. Debía un señalado favor a la empleada de la Oficina del Registro de Colocación. Era necesario evitar sospechas, dado lo precario de mi situación.

»Con los demás no ocurrirá, puesto que ahora sabemos imitar perfectamente los documentos. Pero Greet sabe que mi caso era más difícil. Y el favor que recibí de Marion Mili no podía ser pagado injustamente. Eso nos hubiese perjudicado.

— Conforme. ¿Y la muerte de aquel otro joven?

— Tuve que hacerlo. Es preciso comprender la mentalidad humana. Gudry estaba celoso. Eso le hizo desconfiar de mí. Amenazó con iniciar una investigación que habría podido perjudicarme.

— ¿Por qué no le hipnotizaste, como al oficial Larkin?— preguntó Mootmo.

— Actué de modo impulsivo, como los humanos, señor Brennan. Era preciso retenerle en aquel momento. Actué en defensa propia.

— ¡ Eso no es cierto! ¡ Te estás protegiendo tras tu barrera mental, Joseph!

El aludido recurrió a su «quinta mente», poniéndose a la defensiva total. Ahora eran dos los que trataban de adivinar sus pensamientos. Y él no podía decir que estaba «terrestremente» enamorado de una mujer a la que sólo podía admirar, porque él no era un hombre como los nacidos en la Tierra, aunque lo pareciera.

— Temo ser castigado por algún error — confesó.

Sin embargo, Mootmo no quiso ser severo.

— Voy a olvidarme de eso, Joseph Hampton. Sé que no ocurrirá nada grave. Ya está hecho. Un hombre ha muerto y no importa. Pero no debes extender tu agradecimiento a Marion Mili. Apártate de ella. Vas a venir conmigo y con Eve Marsh a Nueva York. Tú serás mi secretario particular y Eve mi secretaria privada. Pronto voy a ser lo suficiente importante para estar más allá de toda sospecha. Podemos «hacer» tu historia junto con la mía. Negocios en Europa y en Asia. Perdiste la memoria a consecuencia de un accidente. Ahora, te has recuperado. Tú mismo registrarás tus datos en los archivos, borrando a otros. No te será difícil. A partir de la fecha de nacimiento del Registro de la ciudad de Nueva York, arreglarás los certificados de estudios, tanto tuyos como míos o de Eve, para que ni siquiera la más minuciosa investigación pueda descubrimos.

— Comprendo perfectamente. ¿Y quién ayudará a Greet en la

«recepción»?

— Johnny Lupus y Tom Randolph. Recibirán a diez de nosotros por semana. Nosotros, desde Nueva York, les facilitaremos la documentación adecuada. También hay que enviar gente a Europa, a fin de que vayan extendiéndose en aquella zona. Alguien creará otro «control de recepción». Tom Randolph les explicará la experiencia adquirida aquí. Y nada de contactos con ellos.

— Perfectamente, señor Brennan.

La puerta se abrió y apareció una bella muchacha, de unos veintidós años, con el cabello recortado y pintado de color naranja; sus grandes ojos azules miraron a los tres hombres.

— Hola, Joseph — habló ella, sonriendo graciosamente—. Soy Eve Marsh. ¿Te parezco tan bonita como una terrestre?

— ¡ Oh, eres extraordinaria! — exclamó Joseph.

Pero su mente le dijo que Marion Mili era mucho más extraordinaria aún que el ser «híbrido» llegado de Swik para adoptar un aspecto femenino.

— Greet ha realizado una buena labor con Eve. Llamará la atención por donde vaya. La secretaria perfecta para un ambicioso hombre importante. ¿Y el dinero, Eve?

— Preparado en la maleta. He contado ciento veinte millones de dólares, en billetes de a mil.

— Los repartiremos en distintos bancos. Nadie es capaz de adivinar que sean falsos. Y permanecerán en depósito — explicó Brennan —. Una cantidad igual nos será concedida de crédito, a cambio de ellos.

»Saldremos para Nueva York mañana mismo.

CAPÍTULO V

Joseph ocupó una «suite» en el último piso de un elevado rascacielos de Nueva York, y pronto fue un hombre tan conocido como su jefe, pues era él quien recibía a importantes hombres de empresa para concertar entrevistas con su opulento superior.

Tampoco fue una labor de días, sino de meses. La primera fase fue publicitaria. James D. Brennan debía hacerse conocido. La prensa y la publicidad se cuidaron de ello. Llegó precedido de prestigiosa fama de magnate en Europa — ¡ donde no le había conocido nadie! — y sus inversiones fueron acogidas con alegría por la banca neoyorkina.

Fue tarea de Joseph, asimismo, rechazar muchas invitaciones dirigidas a su jefe, incluso una del propio gobernador de la metrópoli, alegando que el señor James D. Brennan estaba indispuesto.

Al día siguiente, la Cadena PS-News informaba que Brennan era de la oposición, puesto que había rechazado la invitación del gobernador. Con esto, se acrecentó la fama de los alienígenas y los políticos de turno se mordieron los labios de rabia, por no haber sabido granjearse la confianza de quien parecía venir cargado de millones de dólares fuertes, o créditos internacionales.

Eve Marsh, la «Esfinge de Hielo», como pronto fue conocida en Nueva York, también se hizo famosa. Era una mujer a la que nadie parecía poder alcanzar, excepto los teleobjetivos de las cámaras de cine y de T.V.

Alguien dijo de ella:

— Es la mano derecha de James D. Brennan... ¡ Puede hacer caer de su puesto al propio Presidente!

Desde luego, la frase llevaba «dinamita». Y había sido lanzada por el propio Joseph Hampton, el «recuperado» de su amnesia, y cuya historia fue publicada por la Cadena «Cotts», a lo largo y ancho del país.

Precisamente, a consecuencia de la publicación de la historia de Joseph, una funcionario de la Oficina del Registro de Colocación, de Oskaloosa, se trasladó a Nueva York, llevando un expediente en un

bolso metálico.

Era Marion Mili.

Y una mañana, muy temprano, el mayordomo de Joseph, entró en su dormitorio de ensueño, anunciando:

— Una señorita desea verle, señor Hampton. Dice venir de Oskaloosa y llamarse Marion Mili.

— ¡ Marion! — exclamó Joseph, saltando impulsivamente del lecho—. Hazla pasar a mi despacho, Robbins.

— Sí, señor.

Joseph sólo tardó el tiempo necesario para calzarse y colocarse un batín. Se peinó ligeramente y luego salió a recibir a su visitante.

Efectivamente, Marion Mili estaba en su despacho, embobada, mirándolo todo con asombro.

— ¡ Marion!

— ¡Oh, Joseph! ¿Por qué te fuiste sin despedirte?

— Todo fue demasiado precipitado — declaró él, avanzando hacia ella y asiéndola de los brazos—. Mi jefe, el señor Brennan, hizo que me localizaran las agencias de detectives. Apenas si me dieron tiempo de nada. Quise llamarte, pero me fue imposible.

— Y he tenido que venir yo a verte. Me parece increíble, Joseph. He recurrido a un favor de Nik. Alguien tenía que aclarar algunos aspectos de tu expediente laboral. Ahora que ya sabemos quién eres, las lagunas de tu licencia temporal han quedado disipadas.

— ¿Por eso has venido? — pareció dolerse Joseph.

— Y por verte... ¡Esto es un palacio! Yo sabía que tú sólo podías ser un personaje así. El secretario de un multimillonario. Pero no sabemos cómo fuiste a parar a Oskaloosa.

— Ni yo tampoco. Tal vez alguien me recogió. Debí vagar sin rumbo cierto algunos días. Tal vez tomé un avión o un «missile» de pasaje. Temo que eso no llegaré a saberlo nunca. Pero he sido sometido a un tratamiento de recuperación mental y ahora recuerdo perfectamente toda mi existencia.

— Es maravilloso, Joseph... ¡Extraordinario e increíble !

— Puedes creerlo, Marion — dijo Joseph, muy serio.

Se miraron unos instantes a los ojos. Parecía como si la conversación se hubiese terminado allí, pero no era cierto, dado que tenían muchas cosas que decirse.

— Tengo familiares en Pakistán. Al señor Brennan le conocí en Nueva Delhi. Yo tenía entonces dieciséis años — Joseph empezó a repetir la historia de su «vida», que él mismo se había fabricado.

— Conozco tu historia por la información tridimensional de la Cadena «Cotts», Joseph — dijo Marion, gravemente —. Y me he

alegrado mucho de que hayas recobrado la memoria.

»He venido a formalizar tu expediente. Te fuiste sin consultarnos y eso habría podido perjudicarte. Por suerte, en Oskaloosa tienes buenos amigos.

Una nube cubrió el rostro de Joseph.

— Siento lo que ocurrió a Gudry.

— Todos lo sentimos, Joseph. Sé que Gudry iba excitado y nervioso por lo que había ocurrido en mi apartamiento...

La nube se acentuó en el semblante de Joseph.

— Lo he recordado siempre—añadió ella—. Pero no sé lo que pasó.

Joseph se levantó y fue hacia un impresionante armario de platino. Descorrió uno de sus planos y abrió un completísimo bar automático. La botella elegida fue sujetada por una pinza metálica y llevada robóticamente hasta donde surgieron dos vasos de cristal tallado. Todo se hizo solo, sin ayuda de nadie, excepto de la célula fotoeléctrica que dirigía el bar.

Al tomar los dos vasos, Joseph se volvió a Marion.

— Me fui sin despedirme para evitar eso.

— Y yo he venido para que me digas la verdad. ¡ Vi brillar tus ojos en la oscuridad, Joseph!

— Debió ser una figuración tuya. Toma. Esto te gustará.

— La impresión que me causó paralizó mi corazón, Joseph.

Él sonrió, aunque estaba muy tenso y expectante.

— Por favor, Marion. Estás diciendo cosas imposibles.

— Sé lo que digo. Pero no lo he comentado con nadie, excepto contigo. Y, últimamente, es como una obsesión angustiosa. Yo sé que estuve muerta, Joseph... ¡Algo me ocurrió aquella noche, a tu lado! ¡ Algo increíble! Y tenía que venir a decírtelo. Era preciso, Joseph. Por eso, al saber que alguien de mi departamento tenía que cerrar tu expediente, pedí a Nik que me enviara. Necesitaba verte.

— Bien. Ya me estás viendo—dijo Joseph, muy serio—. Puedes tomarte el cordial. No es ningún brebaje. No soy un hechicero. Ocurre, a veces, que uno se excita demasiado. Tú habías bebido y bailado aquella noche. Debiste sufrir una alucinación...

— No bebí. Te estaba esperando, Joseph. No está bien lo que voy a decirte, pero soy una mujer moderna y carezco de prejuicios. Te quiero, Joseph Hampton. Eso justifica que te hubiera invitado. Te esperaba ansiosamente. No había bebido ni tomado casi nada.

«Quería estar contigo. Mis amigos estaban esforzándose por romper tu timidez. Yo anhelaba tomarte en mis brazos y lo hice... ¡Por eso sé que tú no eres un ser humano!

»¿Qué eres, Joseph?

Esta última pregunta la hizo la joven poniéndose en pie y mirando a Joseph fijamente.

Él no respondió.

— No hace falta que contestes, Joseph — añadió Marion, dejando su vaso tallado sobre una mesita de jade—. Yo conozco la respuesta. Los hombres son de otra manera. Sus ojos no parecen carbones en la oscuridad. Sus sensaciones se transmiten de otra forma... ¡Y tienen otra constitución!

» ¡Olvídalo, Marion! —ordenó la «tercera mente» de Joseph—. Tienes que olvidarlo, aunque yo no pueda olvidarte a ti jamás. Es preciso que nos separemos y no volvamos a vernos. Yo tengo una misión que cumplir. Realiza la gestión que has venido a realizar y márchate. Aunque yo me sienta desdichado por ello, debemos separarnos.

— Sí, Joseph — musitó Marion. Acto seguido, abrió su bolso metálico y sacó los documentos que debía formalizar —. He venido a cerrar tu expediente de trabajo en Oskaloosa. Tienes que firmar varios papeles.

Joseph sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

— ¿Regresarás inmediatamente a Oskaloosa, Marion?

— No. Me quedaré una semana en Nueva York.

— No debemos vernos más.

— No. Tú eres ahora un personaje importante. He sido una tonta al creer que te importaba algo. Soy una chica delgada y fea, que se pinta el cabello de verde para parecer más atractiva. Me dijeron que este color me favorecía...

Marion estaba a punto de romper a llorar.

* * *

Mootmo, o sea James D. Brennan, carecía de humor. Jamás estaba triste o alegre.

Aquel día, empero, cuando Joseph entró en el exótico despacho de su jefe, le encontró sonriendo, tendido en el extensible de espuma, detrás de su regia mesa de despacho.

Brennan señaló un panel que ocultaba una pantalla de televisión.

— He visto tu encuentro con esa chica de Oskaloosa, Joseph. Robbins me ha dicho que tenías una visita y te he observado. Ella no podía penetrar en tu mente, pero yo sí.

Joseph se puso inmediatamente a la defensiva.

— No es necesario que te escudes tras tu barrerá mental, Joseph.

Me has dado una maravillosa idea. ¿Te gusta esa chica, eh?

— Soy de Swik. No puede gustarme una terrestre. Es como si un hombre se enamorase de una hormiga.

— Estás equivocado, Joseph... Greet Stamper también está equivocado. ¡ Y la Corte de Swik se ha equivocado a su vez!

Joseph miró a su superior, sin comprender. Brennan sí que se escudaba tras su barrera mental.

— No logro entenderle, señor.

Brennan se levantó ágilmente, rodeó la mesa y se plantó delante de Joseph.

— Tú no conoces el alcance del «Plan 1.001», pero yo sí, puesto que me fue confiado en Swik, por el «Derka». Y voy a explicártelo sucintamente.

»Nosotros hemos venido aquí para apoderamos de este planeta por medios pacíficos. Invadir la Tierra, con naves del espacio, soldados y armas, es propio de humanos como ellos. Nosotros no actuamos de, ese modo, porque ni tenemos naves, ni soldados, ni armas.

«Nosotros vivimos sesenta o setenta mil años solares. Seremos todavía jóvenes, cuando los humanos que ahora viven en este planeta ya habrán muerto. Pero ¡presta atención!, nosotros también hemos de morir alguna vez. Y puede que los descendientes de estos terrestres que ahora nos rodean, todavía continúen viviendo.

»El «Derka» estaba mal informado respecto a los terrestres. Los consideró seres inferiores y, aunque lo parezcan, no lo son. Débiles, poco imaginativos, insignificantes, frágiles, endebles... Pero se reproducen a sí mismos, cosa que nosotros no podemos hacer.

— Eso es cierto, señor Brennan.

— En alguna parte de nuestro subconsciente, algo nos identifica con estos seres. La idea me la ha dado tu pensamiento de renuncia hacia esa muchacha. No puedes amarla. Tú no eres como ella.

— No, ni siquiera soy como los hombres de la Tierra.

— ¡ Eso es lo que quería decirte! — exclamó Brennan—. Ahí se equivocó el «Derka». Tenía que hacernos iguales en todo. Sólo así podremos continuar aquí cuando todos estos seres hayan desaparecido.

— El «Derka» no puede equivocarse, Brennan — dijo Joseph, en tono grave.

— ¿No? Voy a demostrártelo. Él quiere que vengamos aquí, nos finjamos seres de este mundo y vayamos ocupando, poco a poco, los puestos principales de las organizaciones terrestres. Podemos hacerlo, puesto que tenemos mucho más tiempo que ellos. Dentro

de mil años, seremos los amos indiscutibles de este planeta y habremos cambiado enteramente su estructura social y política. Dentro de mil años, gobernaremos a nuestro antojo. Entonces sabrán estos seres inferiores que nosotros somos sus amos y nos acatarán sumisamente.

»Pues bien, ese proyecto tiene un terrible fallo. ¿Qué ocurrirá después? Al principio, nadie se opondrá. Luego, pensarán que no son iguales, puesto que ellos viven mucho menos que nosotros. Y querrán vivir mejor. Entonces, ¿cómo vamos a dominarlos? Nosotros, según el «Plan 1.001» seremos doce mil quinientos. Ellos serán doce mil millones. ¿Y vamos a poder controlarlos a todos?

»El Derka» se ha equivocado lamentablemente.

— No consigo captar sus pensamientos, señor Brennan — expuso Joseph.

— Pues hablo muy claro. Dentro de mil años mandaremos como amos absolutos de la Tierra. Dentro de cien mil años el «Derka» reconocerá haberse equivocado, porque los terrestres nos habrán aniquilado y todo nuestro trabajo habrá sido inútil.

— ¿Y qué más? — preguntó Joseph.

— Volvamos a mi preámbulo, a la idea que me has dado al verte hablar con esa mujer terrestre, que te quiere y a quien tú quieres. Nosotros podemos hacer de ti un verdadero ser de este planeta.

— ¿Yo un terrestre?

— Sí, en cuerpo y espíritu. Estos cuerpos están hechos de materia. Greet actúa sobre el modelo que conseguimos en la astronave solitaria. Pero somos un mal remedo humano, una imitación vulgar, que ni siquiera resiste el conocimiento médico de un aprendiz de medicina.

«Cualquier biólogo que nos examine se dará cuenta en seguida de que no tenemos más que cerebro. Y yo pienso que debemos tener todo lo que tienen los terrestres para ser igual que ellos.

— ¿Incluso su longevidad?

— Que los seres vivan más o menos depende de muchos factores. Alimentación, esfuerzo, desarrollo, gérmenes nocivos... Son muchas las causas que acortan la existencia de estos seres.

«Nosotros podemos hacer ver que investigamos. Podemos crear una Facultad de Medicina extraordinaria, «oficialmente», con nuestros propios fondos y profesores. Greet puede desaparecer fácilmente, sufrir una transformación física y aparecer como un genio de la biología.

«En pocas palabras, Joseph. Quiero ensayar con uno de nosotros y ver si es posible convertirle en un terrestre.

— El «Derka» de Swik se opondría a eso.

— Sí, desde luego, Joseph. Pero no estamos en Swik, sino en la Tierra, a muchos millones de años luz de distancia. Y difícilmente nos pueden gobernar.

— ¿Propone una rebelión? — se sorprendió Joseph

— No, nada de eso. Es simplemente una modificación del «Plan 1.001». Yo soy Mootmo y puedo modificar, sobre el terreno, lo que estime conveniente.

— El «Derka» le hará regresar a Swik.

— No tiene por qué saberlo.

— ¡ Hum! ¿Y qué vamos a conseguir siendo iguale: que ellos?

— El camuflaje perfecto. Nada hay mejor imitado que el original, con sus méritos y defectos. Si fingirnos ser seres humanos, ¿por qué no serlo de verdad, sentir como ellos y vivir como ellos?

— ¿Y morir como ellos?

— No, no he dicho eso. Nosotros viviremos más tiempo que ellos.

— ¿Aun teniendo su morfología? Piense, señor Brennan, que un error puede aniquilamos. Y si no se realiza el «Plan 1.001», la Corte de Swik realizará una investigación.

— Si mi plan no da resultado, la investigación no servirá tampoco de nada, ¡porque aquí no quedaremos ninguno dentro de mil años!

La capacidad de sorpresa de Joseph Hampton era enorme. Sin embargo, su jefe le sorprendió.

— Pero ¿dónde vamos a albergar nuestro poderoso cerebro? Necesitamos un cráneo enorme.

— Ése es un problema técnico. Podemos comprimirlo, fraccionarlo, incluso renunciar a parte de nuestra mente. Todo eso es factible. Lo que no podemos hacer es llevar el cerebro dentro del pecho y la cabeza vacía.

»El ser humano que vive en este planeta es más racional. Está concebido para su ambiente. Nosotros, en cambio, no. Y eso nos puede perjudicar extraordinariamente.

»Si hemos de vivir aquí mil años, o más, tenemos que ser exactamente iguales que nuestros coterráneos.

Joseph sacudió la cabeza en un gesto innegablemente terrestre.

— Nuestro riego sanguíneo es más sencillo que el e ellos.

— Deja de decir simplezas, Joseph. Nosotros tenemos que ser exactamente iguales que ellos. Esto, que aparenta ser un cuerpo, es una mala imitación de un ser humano. Quiero que Greet, Lupus y Randolph, juntamente con los que vayan llegando de Swik, estudien

el modo de hacemos a todos exactamente igual que los humanos. Y no me repliques. Aquí soy yo quien da las órdenes.

»Regresa a Oskaloosa con esa chica que ha venido a verte. Habla con Greet y que se pongan a trabajar inmediatamente. Ah, y dile a Eve que venga a verme.

«Puedes retirarte, Joseph.

— Sí, señor — contestó el «secretario», y se marchó.

Fuera, ante su mesa de trabajo, había un visófono

de circuito cerrado. Pulsó el llamador y apareció el semblante de Eve.

— Buenos días, Eve. El señor Brennan quiere verde ahora mismo.

— Sí, voy para allá en seguida.

— Oye, Eve, ¿te gustaría convertirte en una mujer terrestre?

— ¡ Oh, me encantaría!

— ¡Vaya, me sorprendes, Eve! ¿Qué ves de admirable en estos seres tan atrasados?

— Tienen muchas cosas admirables. Una de las cosas que más me gustan es su capacidad de amar.

— Pero también se odian — remarcó Joseph.

— De acuerdo. Son «bipolares», como dice Greet. Se aman y se odian. Son efectos, síntomas, estados de ánimo, pura psicología. Y otra de las cosas que me agradan es que aman acendradamente a los suyos. Sólo los dementes aborrecen a sus hijos… ¡Oh, me gustaría tener un hijo y saber que ha nacido de mi propio ser!

Joseph optó por no contestar y cerró la comunicación.

CAPÍTULO VI

Marion había esperado otra cosa muy distinta de su encuentro con Joseph en Nueva York, la megápoli considerada en toda América como la sede de las diversiones.

Incluso estaba dispuesta a olvidar los ojos relucientes y luminosos de él. Anhelaba volver a verlo, y no porque fuese el secretario de un personaje importante. Marion estaba enamorada de Joseph Hampton, no del hombre público y poderoso.

Ahora, un muro insalvable parecía interponerse entre ellos. Marion había visto el lugar donde él vivía. Subió en ascensores ultrarrápidos, fue atendida por [1] elegantes sirvientes, en un mundo donde nadie quería servir a otros. Y luego, al salir de aquel lugar, creyó tener la mente y el corazón vacíos.

Ya no anhelaba siquiera ver Nueva York y divertirse. Había esperado algo muy distinto. Joseph fue a buscarla un día, a la salida de la oficina, para acompañarla hasta Burrington. Fue una tarde maravillosa, ensoñadora... Y aquello parecía ahora estar muy distante.

Regresó al hotel, sin saber qué hacer, y, después de permanecer un rato mirando a la calle, súbitamente, dio media vuelta, se arrojó sobre el lecho y se puso a sollozar.

No supo el tiempo que permaneció así, desconsolada, rotos sus más caros sueños. Joseph Hampton era como una imagen que se iba distanciando de su mente, difuminándose como un dibujo al carbón bajo la lluvia.

Pronto, cuando se hubiese disipado el llanto, de él no quedaría más que el recuerdo. Ahora se daba perfecta cuenta de que todo había sido como una especie de sueño. Y con él se iban dos seres queridos de su existencia.

Joseph era el que había calado más hondo. Gudry se había matado en su bólido. El oficial Larkin fue a la oficina a interrogarla varias veces y nunca le habló de Joseph. Nik, en cambio, le había preguntado si sabía algo del joven que cantaba como una orquesta.

El zumbido del llamador de la puerta le sobresaltó de pronto.

Se incorporó, se secó las lágrimas y luego fue a abrir.

Ante ella se encontró a un elegante Joseph Hampton, que la miraba sonriente.

— Pero… ¿cómo has sabido…? — balbució ella.

— Me ha bastado hacer una llamada visofónica y me han informado de dónde te encontrabas — mintió Joseph, que era capaz, con su «quinta mente», de localizar a cualquier persona en una megápoli como Nueva York—. Aquí estoy. ¿Puedo pasar?

— ¡ Oh, sí! ¡ Cuánto me alegro de que hayas venido!

— Después de irte tú, me encontré con la sorpresa de que mi jefe no me necesitaba. Él y Eve se van a Australia unos días. He cancelado mis compromisos y… Bueno, aquí estoy. Es bonito esto.

— ¡Qué alegría, Joseph! — exclamó Marion, con el corazón en la boca—. Esto sí que ha sido una sorpresa.

— ¿Por qué había de serlo? Nosotros somos amigos. Yo no puedo abandonar a mis amigos de las horas tristes y negras. Y como el señor Brennan estará una semana fuera, lo mejor que podemos hacer es ir a los sitios más interesantes de Nueva York y luego acompañarte a Oskaloosa.

— ¿Hablas en serio, Joseph?

— ¡Ya lo creo que sí! Y, para empezar, iremos a comer al mejor restaurante de la ciudad. ¿Qué te parece el «Ursus Place»?

— No lo conozco.

— ¡ Ah, vas a conocerlo! Es el palacio de cristal de roca rosada más maravilloso del mundo. Todavía sirven camareras de impresionante figura, cubiertas con un fino «maillot» y un breve delantal. Se pueden degustar los más selectos manjares — dijo Joseph, pensando en el aséptico depósito de su cuerpo prefabricado donde iban a parar los alimentos que se veía obligado a tomar en público y que, más tarde, tenía necesidad de evacuar. Pero, si todo iba bien, pronto sería un ser normal, como Marion. Así lo había dispuesto Mootmo, actuando de un modo desconcertante—. Luego asistiremos a un espectáculo grandioso, como el de «Tyros». Dice la publicidad que jamás se había encontrado nadie en el mismo cielo antes de ver ese espectáculo maravilloso.

«Pasearemos por los jardines colgantes del Hudson, cenaremos en un restaurante italiano, bailaremos en Newark y…

Marion le echó los brazos al cuello y lo besó.

Él percibió la primera sensación de amor y creyó estar volviéndose loco.

* * *

Greet Stamper ya había recibido instrucciones de James D.

Brennan y estaba impaciente por ver a Joseph. Cuando, al fin, después de haber pasado más de una semana con Marion, llegó a Oskaloosa y llamó a la puerta del 291 de la calle Duggart, Greet exclamó al verlo:

— ¡Ya era hora! ¿Dónde has estado?

— Ensayando mi próxima condición humana — dijo Joseph al entrar—. Deseo ser un hombre completo. ¿Lo tiene todo preparado?

— ¿Dónde está Brennan? — preguntó Greet, en vez de responder.

— Viajando con Eve Marsh.

— ¡ Necesito verlo!

— ¿Para qué?

— ¡ Lo que quiere hacer es un disparate, una locura! ¡ No puede resultar de ninguna manera!

— Por favor, Greet Stamper. No debe ser difícil «fabricar» un hombre. Tenemos todos los ingredientes al alcance de la mano. Disponemos de esqueletos, material adecuado...

Dos «hombres» salieron de la puerta secreta que conducía al sótano, donde estaba el laboratorio. Eran Johnny Lupus y Tom Randolph. Ambos saludaron a Joseph.

— ¿Se ha vuelto loco Mootmo? — preguntó Lupus.

— No. Sabe lo que hace — contestó Joseph.

— ¿Vas a ser tú el primero en someterte a la prueba? — preguntó Greet, de pronto.

— Sí, yo — contestó Joseph.

Los tres individuos se miraron. Luego Greet dijo:

— ¿Y si no tenemos éxito?

— El cuerpo de los terrestres es muy complicado. Lo que se ve es una cosa muy distinta a su constitución interna.

— «Derka» debió de equivocarse — declaró Joseph—. Nosotros no podemos sufrir ni siquiera un reconocimiento médico. Randy Scorn tuvo suerte. Pero si le ocurre algo y es descubierto, el escándalo va a ser terrible. Es un miembro del Ejército y corre inminente peligro.

— Mootmo también se equivoca.

— ¡ Pero él es el jefe aquí! — gritó Joseph.

Los tres hombres de Swik se miraron de nuevo. Joseph comprendió que ninguno se atrevería a replicar contra aquel argumento. Podían encontrar disparatada la idea de Mootmo, pero no podían desobedecerle. Si alguna vez regresaban a Swik, Mootmo sería el responsable.

— Podemos fracasar... — empezó a decir Greet, desconcertado y

recurriendo a todas sus mentes.

— De nuestro fracaso también es responsable Mootmo— insistió Joseph.

— Está bien. Lo intentaremos. Será necesario traer a un hombre de tu aspecto, Joseph. Tendremos que anestesiarle y estudiarle pacientemente. Con todo, no será tarea fácil.

— Hay que intentarlo... ¡Hoy mismo! Saldremos en el bólido que he traído y buscaremos al hombre. Aunque lo echen en falta, nadie lo encontrará aquí. Dentro de algún tiempo le dejaremos ir, una vez limpio su cerebro. Con nosotros verá cosas que le erizarán los cabellos, si consigue recordar.

Greet hizo una seña a sus dos ayudantes.

— Id con él.

Salieron.

Era muy tarde y la ciudad parecía dormir. Con todo, hálitos de vida se descubrían por doquier.

— Propongo que vayamos hacia el extrarradio, donde están las casas de recreo. Hay que encontrar a alguien parecido a mí — dijo Joseph.

Se detuvieron en una avenida solitaria. Detrás de un seto artificial había un establecimiento de recreo que permanecía abierto toda la noche.

Pero cuando iban a descender, por la pantalla retrovisora, Joseph vio las luces de un bólido oficial que se acercaba.

— No os mováis. Seguramente pasará de largo. No conviene que nadie nos vea, si luego han de investigar.

Sin embargo, el bólido de la Policía de Tráfico se detuvo exactamente detrás del vehículo ocupado por los tres extraterrestres, y un oficial, único ocupante del coche policial, salió de él y se aproximó.

Joseph sonrió al reconocer al oficial Phil Larkin.

— Buenas noches. ¿Puedo servirles en al...? ¿No es usted...?

Larkin se detuvo, visiblemente desconcertado.

— En efecto, oficial Larkin. Soy Joseph Hampton. Veo que tiene usted memoria. Estoy aquí con unos amigos. Buscábamos a alguien, pero creo que ya lo he encontrado. ¿Está usted de servicio?

— Sí.

«¡Tiene que abandonar su servicio, oficial!—le ordenó Josep mentalmente—. Suba usted al coche y acompáñenos. Es una orden telehipnótica, a la que no puede usted sustraerse. Buscaba un hombre de mis parecidas condiciones físicas.»

— ¿Y mi bólido? — preguntó Larkin, en voz baja, asiendo el

picaporte.

— Déjelo donde está. Le buscarán y no le hallarán.

— Está bien. Eso causará cierto trastorno en mi departamento.

— No existe nadie incontrolado en todo el planeta, oficial. No importa. Puedo asegurarle, sin embargo, que nada malo va a ocurrirle, si es que tenemos éxito en la experiencia que vamos a realizar.

Phil Larkin había subido al bólido, tomando asiento junto a Lupus, al que miró con detenimiento.

— ¿Quiénes son ustedes? — preguntó.

— Lo sabrá a su debido tiempo — replicó Joseph, poniendo el vehículo en marcha y alejándose rápidamente.

Su poderoso cerebro había captado numerosas ondas mentales en torno suyo; pero ninguna estaba pendiente de ellos. Nadie, pues, los había visto.

— Me ocurre algo muy extraño con usted, señor Hampton — habló el oficial Larkin, al cabo de unos minutos —. Sé que no cumplo con mi deber, pero algo en usted me inspira sumo respeto.

— Debe ser su condición humana, oficial Larkin — habló Johnny Lupus, por vez primera—. Ya puede usted saber la verdad. Haga lo que haga, no puede escapar de nosotros.

— ¿Me llevan secuestrado, hipnotizado o algo así?

— Algo así, oficial. Va a servirnos usted de conejillo de Indias. Y cálmese. Cuando terminemos con usted y le dejemos libre, podrá decir que fue secuestrado por unos individuos desconocidos que le detuvieron en la noche y que no sabe dónde lo llevaron. Sin embargo, estoy seguro de que prestará usted un enorme favor a la Humanidad.

* * *

A Phil Larkin le ordenaron dormir y se durmió.

En el laboratorio secreto que Greet Stamper tenía bajo su vivienda fue desnudado y tendido sobre una singular mesa de operaciones, en torno a la cual había los más extraños y complicados aparatos de medicina y cirugía electrónica, de un diseño jamás visto en la Tierra.

Greet Stamper, Johnny Lupus y Tom Randolph iniciaron su investigación sobre el cuerpo desnudo del oficial de Tráfico, a quien examinaron meticulosamente durante veinticuatro horas seguidas, controlando y analizando todo su organismo, mientras que Josep Hampton esperaba, sin prisa, colaborando con sus compañeros o paseando por la casa.

En ocasiones sintió deseos de llamar a Marion, pero siempre resistió a la tentación, puesto que le había dicho que regresaba a Nueva York.

Joseph estaba impaciente por iniciar la experiencia que iba a convertirlo en un «hombre» auténtico. No estaba seguro de que la idea de su jefe diera resultado. No obstante, algo en su más profundo intelecto le hacía desear ser exactamente igual que los demás seres del planeta en que se había introducido.

El resultado era incierto. Las consecuencias, imprevisibles. Él deseaba ser lo más parecido a un hombre, sentir y pensar como los hombres. Pero ¿qué iba a resultar? Carecían de antecedentes. Greet Stamper no había realizado jamás una «imitación» semejante.

A Joseph, empero, no le importaban las consecuencias. Obedecía órdenes y deseaba saber el resultado. No corría ningún peligro, puesto que, en el peor de los casos, su vida siempre podía ser salvada. Su organismo primitivo y evolucionado poseía un enorme cerebro ovular, bien protegido, y su cuerpo era casi eléctrico.

No obstante, Joseph se había habituado ya a su «envoltura» humana y deseaba ser lo más parecido a un «hombre».

A media noche, veinticuatro horas después de haber secuestrado al oficial Larkin, Joseph bajó al laboratorio y se acercó a donde sus infatigables compañeros estaban ante lo que parecían los despojos del examinado.

— ¿Cómo va eso?

—»Ya estamos terminando — contestó Greet—. Desde luego, nosotros no somos como ellos. Pero, en esencia, la estructura morfológica es análoga.

»La materia es imitable. La estructura ósea también. Lo único que nos preocupa es el cerebro. Dentro de una cavidad craneana como la suya es imposible albergar uno de nuestros grandes cerebros.

— ¿Y cómo piensa solucionarlo? ¿Extirpando?

— Tom Randolph propone una especie de reducción. Estamos comprobando con uno de nuestros hermanos recién llegado de Swik...

Joseph dirigió instintivamente la mirada hacia la «cámara de recepción espacial», donde era recibida la materia enviada por teleportación. Randolph estaba allí, ante los comprobadores, ajustado un casco de captación. Dentro de la cámara, efectivamente, se estaba formando un individuo de Swik, al que debían darle cuerpo humano.

— Al igual que ellos — continuó diciendo Greet —, nuestro

cerebro utiliza sólo un cuarenta por ciento de su capacidad total. Se trata de medir si, prescindiendo del sesenta por ciento que nos sobra, podemos albergar nuestros cerebros dentro de su capacidad craneana. Y, aparentemente, es posible.

— ¿Y nuestras «mentes» de reserva? — preguntó Joseph.

— Podremos conservarlas, supongo. De todas maneras, la experiencia no se ha realizado aún. Y te advierto que vas a correr bastante riesgo al ser tú el primero en quien se experimente.

— Brennan así lo ha dispuesto — contestó Joseph, sin inmutarse.

Tom Randolph se quitó el casco y se acercó con una gráfica en las manos.

— ¿Qué? — inquirió Greet.

— Abraham Sullivan ha respondido positivamente. He separado su cerebro en dos partes.

Joseph contuvo el aliento y escuchó. Lo que estaban ensayando allí era completamente extraordinario. Parecía como si Greet y sus dos colaboradores fuesen capaces de hacer dos individuos de uno solo.

— ¿Podría ser reintegrado posteriormente? — preguntó Johnny Lupus.

— Debemos conservar la otra parte en reserva. Más tarde puede necesitarla. De momento, creo conveniente que ensayemos con Abraham Sullivan, alojando su cerebro en el cuerpo humano que hemos fabricado exactamente igual al del oficial Phil Larkin.

— No — dijo Joseph—. La prueba se hará conmigo. Sullivan debe tener su oportunidad. Así lo dispuso el jefe.

— ¿Y si algo fracasa? — preguntó Greet—. Es un ensayo que no hemos realizado jamás anteriormente.

— Si fracasa no habremos perdido nada. Yo volveré a vivir.

— De eso no puedo responder. Tenemos un reanimador preparado, pero tu cerebro puede recibir un fuerte choque y resultar dañado. Incluso puedes perder parte de la memoria.

— No importa. ¿Cuándo empezamos?

— Debes ser preparado previamente. Lupus te atenderá... ¡Está bien, Joseph! Hemos venido aquí a realizar una importante misión y debemos cumplirla. Brennan es el que manda. Él sabe lo que hace y el responsable. Yo hice mis objeciones. Ahora, sólo nos falta realizar la prueba y que los dioses de Swik nos acompañen.

Joseph y Johnny Lupus se dirigieron a una salita contigua al laboratorio, donde el primero se despojó de su atuendo, quedando totalmente desnudo; así difería notablemente de un ser humano

normal.

Se tendió en una mesa y Lupus le aplicó una máscara de gas «aedélico» para reforzar su organismo durante la operación.

Luego le hizo inhalar un gas somnífero y Joseph perdió la noción de las cosas, sumiéndose en una profunda somnolencia física, aunque su mente continuó despierta.

Joseph era capaz de darse cuenta de todo lo que ocurría a su alrededor. No podía, empero, moverse, hablar ni valerse de sí mismo. Tampoco sentía dolor.

«Veía» y «hablaba» con la mente.

— ¿Cómo te sientes, Joseph? — le preguntó Lupus.

— Inmovilizado — respondió Joseph, mentalmente.

— Muy bien. Vamos a librarte pronto de esa envoltura deficiente. Cuando salgas de aquí debes ser exactamente igual que ellos.

— ¿Y mi fisionomía? Debo tener la misma.

— No vamos a cambiarte de aspecto externo. Te añadiremos órganos secretores, porque tu cuerpo va a funcionar ahora exactamente igual que si fueras un terrestre. Nadie, por muy entendido que sea en Medicina, reconocerá en ti a un extraño.

— No quisiera que alguien notase diferencias en mí, al menos externas.

— Descuida.

CAPÍTULO VII

Al fragmentar el cerebro de Joseph, Greet tuvo que recurrir a la «anestesia total radioscópica». Fue entonces cuando Joseph Hampton dejó verdaderamente de «existir» como individuo de «Swik» para transformarse en un «ser humano» inteligente, producto de una raza superior y conejillo de Indias, en el sentido empírico de la palabra.

Lo que sucedió durante las horas siguientes, Joseph no pudo presenciarlo. Zumbaron las máquinas que tenía a su alrededor. Los tres operadores trabajaron meticulosamente y con infinita paciencia, injertando, cauterizando, «soldando» y uniendo infinidad de arterias y vasos capilares.

Luego «cerraron» el cuerpo humano que habían fabricado para Joseph. Lo pigmentaron y le adhirieron el vello y el pelo. El semblante no fue cambiado. Era el mismo de antes. Pero el enorme cerebro que había albergado su pecho se encontraba ahora alojado en su nueva caja craneana.

Un corazón fuerte latía en el interior de la caja torácica, con el mismo ritmo con que latían los corazones humanos. La sangre regaba ya su organismo, y el cerebro, todavía «anestesiado», estaba siendo sometido a un tratamiento de «rehabilitación» y «calentamiento».

Joseph Hampton debía ser el mismo que había sido. Pero su reserva mental había quedado notablemente disminuida.

— La amputación cerebral ha sido perfecta — observó Greet al observar los indicadores de un radializador—. Creo que podemos pasar a la reactivación final. No obstante, hagamos una última comprobación. Si nos hemos equivocado, aún estamos a tiempo de rectificar.

Dos largas horas duró la comprobación. Los tres individuos, en silencio, examinaron todos los indicadores del control principal y de los controles auxiliares.

Joseph continuaba respirando suavemente sobre la mesa, desnudo de pies a cabeza. Parecía enteramente un hombre de veintinueve o treinta años, aunque hubiese vuelto a nacer de nuevo

en aquel instante.

— Todo perfecto — dijo Greet.

— Bien — asintió Johnny Lupus.

— ¿Reactivamos? — preguntó Tom Randolph.

— Sí. Lentamente.

Fue Randolph quien manejó los controles. La corriente pasó a través de los hilos hasta los ánodos y cátodos que Joseph tenía en la cabeza. Primero fue un voltaje ínfimo, para luego ir aumentando progresivamente. Greet y Lupus no quitaban la vista de varios comprobadores decisivos. Cuando vieron encenderse un punto luminoso en el centro del oscilómetro, Greet exclamó:

— ¡Ya lo tenemos!

Efectivamente, Joseph Hampton volvió en sí y se encontró rodeado de las máquinas del laboratorio. También reconoció a sus compañeros... ¡Pero vio en ellos algo extraordinario!

¡Los vio exactamente igual que habían sido en Swik, con su enorme cráneo y sus tentáculos articulados !

Vio también, como desdibujado) la ropa que vestían y su aparente forma humana.

— ¿Me oyes, Joseph? — preguntó Greet.

— Sí... Pero os veo de un modo raro... Sois como transparentes.

— ¿Qué quieres decir? — se alarmó Greet.

— Os veo como... erais en Swik.

— Nos estás viendo con ojos humanos. Debes ver lo mismo que ven los demás. ¿Y tu mente? ¿Recuerdas lo último que te ha sucedido?

— Sí... Marion... El oficial Larkin... James D. Brennan... Estamos aquí realizando el Plan «1.001»... ¡Ahora empezáis a parecer humanos!

— He cortado el fluido eléctrico — dijo Randolph.

—Era debido a eso, sin duda. Tu cerebro estaba sobreactivado. Un exceso de carga. Pero es raro... ¡Creo que hemos hecho un importante descubrimiento !

— ¿Cuál? — preguntó Lupus.

— El de poder ver a través de la materia con ojos humanos y una sobredosis de energía neuroeléctrica. Hay que investigar eso. Creo que alguna vez podremos utilizar ese procedimiento para saber si somos de Swik o no. Ahora, no hay diferencia alguna entre Joseph Hampton y un terrícola. Quítale los ánodos y cátodos con cuidado, Randolph.

Incluso el dolor sobre su epidermis lo hizo fruncir el ceño y contraer los labios.

— ¡Cuidado, Tom! — exclamó Joseph.

— ¿Te duele?

— ¡Ya lo creo!

— Es interesante que repases tu memoria, Joseph. Debes pensar como antes. Dentro de ese recipiente de vidrio está la parte del cerebro que te hemos extirpado. Todo lo que hay dentro de tu nueva cabeza es masa encefálica activa. Debes seguir teniendo la misma memoria que antes.

— Creo que la tengo — contestó Joseph, repasando mentalmente todo cuanto había dicho y hecho en los últimos tiempos. Incluso, remontándose al pasado, podía recordar cuándo, allá en Swik, fue introducido en la cámara de teleportación, para ser trasladado a la Tierra. Recordó las últimas advertencias de Mootmo.

— La Tierra será para nosotros un mundo hostil al que debemos adaptarnos rápidamente, Jirk.

Jirk era su nombre auténtico. Fue incubado en Swik. Estudió en Malk y vivió en la Domada, preparándose para su traslado. Así lo había dispuesto el «Derka» de la corte de Swik.

Pero también recordaba que llegó a la Tierra y había conocido a Marion Mili, al ir a solicitar documentación oficial para poder trabajar. Él fue quien siguió a Greet — éste autoteleportado—, y a él le siguieron David Pellam, que ahora tenía un comercio en Oskaloosa, y Randy Scorn, alistado en la Legión Americana.

¡Lo que no pudo hacer Joseph fue utilizar su «segunda mente» ni escudarse detrás de su barrera mental!

— Algo ha fallado, Greet. Estoy indefenso — murmuró —. Cualquiera de vosotros puede leer mi mente.

— Lo sé, Joseph — contestó Greet—. Ésas fueron las instrucciones que me dio Brennan.

— ¿Por qué?

— No lo sé. Podrás captar los pensamientos de los terrestres, pero no los nuestros, ni aunque te esfuerces.

— ¡ Pero eso no es justo!

— Eres un aborigen de este planeta, al menos, en esencia. Tu mente sigue siendo muy superior a la de ellos. Pero has perdido facultades con respecto a nosotros. No te inquietes, sin embargo, porque todos estaremos igual que tú, dentro de poco.

— ¡ Excepto James D. Brennan! — exclamó Joseph, comprendiendo.

* * *

Phil Larkin fue llevado, inconscientemente, hasta un bosque de las inmediaciones de Oskaloosa. Había estado tres días ausente. Y durante aquel tiempo, toda la policía de la ciudad le estuvo buscando con ahínco. Incluso se temió por su vida.

Fue Joseph quien lo llevó hasta allí y le dejó en una cómoda postura, sabiendo que poco después se recobraría y no sabría lo que le había ocurrido. En su cuerpo no quedaba huella alguna de las incisiones practicadas para estudiar su organismo.

Joseph y Tom Randolph, al dejar a Phil Larkin, regresaron a la ciudad. Era el primero, para ejercitarse con su nueva «envolvente», quien conducía el bólido. Su acompañante le preguntaba, con frecuencia:

— ¿Cómo te sientes?

— Bien... Bien.

— Si notas algo, dímelo.

— Me siento extraño. Incluso al respirar me parece que soy distinto.

— Son sensaciones lógicas. ¿Y no nos ves transparentados?

— No.

— ¿Captas pensamientos de las gentes?

— De modo confuso. Creo que si me concentrase en alguien, lo conseguiría. Tengo que ir a ver a Marion.

— Hazlo. Cuando me dejes en la calle Duggart, ve a buscarla. Luego nos explicarás cómo te ha ido. Esperamos impacientes tu experiencia.

— No creo que Marion note diferencia alguna. Parezco exactamente igual que antes.

— Debes acudir también, a un médico para que te haga un reconocimiento y un análisis. Nos interesa la opinión de un experto.

— Es un riesgo que deberíamos evitar — observó Joseph, sorteando hábilmente el tráfico.

— No. Hemos de estar prevenidos para resistir cualquier prueba. No realizaremos otra operación como la tuya sin estar seguros del éxito. Incluso puedes tener una recaída o sentirte enfermo de repente. Estás sujeto a las mismas dolencias que los terrestres. Tu organismo es exactamente igual que el de ellos.

— Soy un terrestre — murmuró Joseph.

—No. Eres un enviado de Swik. No lo olvides jamás. Si te hacen regresar allí, tu cerebro irá fragmentado. Y nuestro mundo es distinto a éste. Aquí puedes ser un gran personaje, ¡pero allí serías destruido por inútil!

Joseph no replicó. Sabía que Tom Randolph podía leer sus

pensamientos. Ya no tenía «barrera mental». Aquélla era la magistral jugada de James D. Brennan, quien tendría ahora algunos millares de siervos fieles, a los que podía dominar fácilmente, porque Joseph estaba convencido de que la «gran idea» de su jefe era conservarse él tal y como estaba y todos los demás ser transformados en humanos.

No pensó en ello, porque Randolph leería su mente. Pero se dijo que el otro debía suponerlo también. Una estratagema semejante no podía pasársele en alto a ninguno de ellos.

— Ya estamos llegando. Te dejaré en el callejón posterior — dijo Joseph—. ¿Has observado un gran movimiento de agentes de policía?

— Sí. Deben estar buscando a todos los sospechosos relacionados con la desaparición de Larkin. Cuando le encuentren, se tranquilizarán. Las cadenas de noticias y la prensa informativa no han hecho otra cosa que hablar de él.

—Costará mucho a sus jefes creer que ha permanecido tres días inconsciente.

Joseph llegó hasta el callejón del garaje del señor Brown, donde descendió Tom Randolph.

— Dile a Greet que no sé cuándo regresaré. Tal vez sea tarde. Marion debe creer que regreso de Nueva York y no es cosa de venir para un rato.

— Entiendo—dijo Randolph, sonriendo—. Te deseo suerte con tu amor terráqueo, Joseph.

El aludido se sonrojó ligeramente, hizo retroceder el bólido, salió de nuevo a la calle lateral y condujo hacia donde estaba la oficina del Registro de Colocación.

Durante la marcha, en algunos momentos se detuvo el tráfico, para dejar pasar a varios vehículos de la policía, los cuales parecían volar hacia el norte de la población, tal vez en busca de Phil Larkin, que ya se habría recobrado.

Joseph sonrió. Estaba seguro de que el oficial de Tráfico no podría decir nada de lo que había ocurrido.

Y, sin embargo, Greet Stamper había cometido un terrible error que les había de costar muy caro a todos, como pronto comprendieron. Pero en aquellos momentos, Joseph no pensaba en ninguna clase de peligro.

Llegó ante el edificio donde trabajaba Marion, descendió del bólido, y silbando entre dientes, subió la escalinata.

Marion estaba atendiendo a un hombre de aspecto humilde cuando él entró. Pero, al levantar la cabeza y verle, su rostro se

iluminó, lleno de alegría.

— ¡ Joseph! — exclamó.

— Hola, cariño. Tengo un pequeño permiso para venir a verte. ¿Puedo invitarte a cenar?

— ¡ Oh, sí! Pero me gustaría que vinieras a mi apartamento. Yo cocinaré para ti.

— Tengo un estómago por estrenar — dijo Joseph, bromeando y diciendo la verdad al mismo tiempo.

— ¿Cuándo te marcharás?

— Mañana, pasado o... !Tal vez nunca!

—Siéntate un instante. Pediré permiso para salir antes hoy... Sí, señor Garret, le daremos ese certificado para que cambie de empleo. Mañana mismo se lo enviaremos con un mensajero.

— Gracias, señorita Mili. Es usted muy amable.

Joseph fue hacia donde estaban los cómodos asientos del vestíbulo. Al mirar hacia la calle, se sorprendió al ver dos agentes de policía mirando el bólido rojo que acababa de dejar junto al aparcamiento.

Inmediatamente, la sensación de peligro le asaltó. Concentró todo el poder de su mente y de este modo pudo captar, como si estuviese al lado de ellos, lo que decían los dos hombres:

— No debe estar lejos, Pat.

— Aguardaremos a que vuelva. Es mejor que nos apartemos y no demos importancia al descubrimiento.

— ¿Avisamos a la Brigada?

— No. Primero tenemos que arrestar al individuo. Ya sabes lo que pasa siempre. Que si vienen los de Investigación, nos relevan y perdemos el servicio. Éste es el coche que hemos estado buscando.

— ¡Pero el oficial Larkin ha aparecido ya!

— No estés muy seguro. Pueden haberlo encontrado muerto. El fotocontrol de su coche llevaba esta matrícula, este color y este modelo. Eso es evidente.

Joseph, al captar aquellos pensamientos, recordó la noche en que el oficial Larkin se detuvo con su vehículo oficial detrás de su coche. Y, seguramente, a juzgar por lo que estaba captando en las palabras de aquellos agentes, el coche de tráfico fotografió el bólido de Joseph.

Y en todos aquellos días, el coche había estado encerrado en el garaje del señor Brown. Era cuando acababan de descubrirlo.

Indeciso, quedó ante los cristales, sin saber qué hacer. Aquello era una contrariedad para él. Pero ignoraba que, en aquellos mismos instantes, Phil Larkin informaba a un inspector de la

Brigada Especial de Policía:

— Vi un coche aparcado y me llamó la atención. Cuando me acerqué, vi a tres hombres en su interior. Y uno de ellos era Joseph Hampton, el sujeto que llegó aquí, sin saber de dónde venía, y que luego resultó ser el secretario del famoso millonario James D. Brennan.

Como Larkin se detuviera, el inspector apremió:

— ¿Y qué ocurrió luego?

— No lo sé... No recuerdo nada en absoluto.

— ¿No recuerda usted nada? ¿Qué ha hecho durante estos tres días en que ha permanecido ausente?

— No lo sé. Le aseguro que no sé nada. Al recobrarme en el bosquecillo, fui hasta la casa más próxima y llamé a mi departamento.

— Bueno. Buscaremos a ese Joseph Hampton. ¿Le conocía usted?

— Sí. En una ocasión le interrogué respecto a un accidente de tráfico...

* * *

Joseph salió con Marion, pero tomó dirección contraria a donde estaba su bólido.

— ¿No has traído tu coche? — preguntó Marion.

— No. He venido en un vehículo de alquiler, desde el aeródromo. Iremos a dar un paseo por el centro de la ciudad.

— Como tú quieras. ¡ Me has dado una alegría muy grande, Joseph!

— Empiezo a no poder vivir sin ti. ¿No me notas nada de particular?

— Estás más elegante... ¡Y más alegre, parece!

— Alegre, mucho. Porque estoy contigo.

— ¡Adulador!

— Mi jefe está en Australia y ha demorado su regreso. En Nueva York, todos me atosigan. He tenido que contratar cien secretarias para llevar la correspondencia.

— ¡ Oh, debe ser horrible! ¿A qué se dedica tu jefe?

— Grandes negocios de importación y exportación, fletes, compañías navieras y grandes astilleros. ¿Te interesa un empleo con él? Puedo darte diez veces lo que cobras aquí.

— ¡Oh, Joseph; eso sería maravilloso!

— Hecho. En cuanto regrese a Nueva York te vendrás conmigo.

Pasearon, rieron, tomaron algunos cordiales y presenciaron un

espectáculo al aire libre, en Central Park, donde representaban una antigua comedia oriental.

Luego, ya anochecido, se dirigieron a donde vivía Marion, y no se dieron cuenta de que había muchas personas, al parecer indiferentes, transitando por allí, que era un lugar tranquilo y residencial.

Entraron en el edificio «Brima» y subieron en el ascensor hasta el piso de ella. Cuando estaban abriendo la puerta, muchos hombres armados surgieron de todas partes, al abrirse súbitamente varias puertas del pasillo.

— ¡Quietos! ¡No se muevan o disparamos!—gritó alguien.

Joseph no se había percatado del peligro. Había estado demasiado concentrado con Marion. Y su sorpresa fue grande. Comprendió inmediatamente que le buscaban por el secuestro del oficial de Tráfico Larkin. Pero también se dio cuenta de que su detención representaba un peligro inmenso para sus compañeros de la calle Duggart.

Confió en que Greet Stamper le estuviese observando por la «Visora-3». Y por esto pensó:

«Confiad en mí. No pueden descubrirme. Yo no os delataré. Soy como ellos».

— ¿Qué ocurre? ¿Quiénes son ustedes?

— Brigada Especial de Policía — replicó el hombre que había hablado, sacando unas esposas electrónicas, con las que sujetó fácilmente a Joseph.

— ¡ No tienen ustedes derecho a...! — empezó a decir Marion.

— Cállese usted. Buscamos a este individuo. Ya tenemos a los otros encerrados también...

Joseph sufrió un «shock».

— ¿Qué está usted diciendo?

— Lo sabe muy bien. Están todos encarcelados. No sabemos quiénes son, pero lo averiguaremos. Lo único que hemos descubierto es que no son ustedes de este mundo... ¡Son seres de otro planeta!

Marion lanzó un chillido y miró a Joseph, aterrada. Un cúmulo de recuerdos se agolpó en su mente. Y creyó lo que estaba oyendo. Pero también creyó volverse loca.

Joseph no dijo nada.

CAPÍTULO VIII

La Brigada Especial de Investigación identificó el bólido rojo de Joseph Hampton e inmediatamente envió a un grupo de agentes a la calle Duggart, donde sorprendieron a Greet Stamper y a sus dos colaboradores. Antes de que éstos pudieran hacer nada por defenderse, se vieron esposados y sacados al exterior.

Greet intentó hipnotizar a los agentes, utilizando su prodigiosa mente. Lo único que consiguió fue delatarse, porque los agentes «dominados» se comportaron de modo pasivo. Los restantes policías extremaron sus precauciones. Uno de los oficiales, desde un coche, gritó:

— ¡ Si oponen resistencia, utilizaremos los desintegrantes !

La fuerza pública iba armada. Había agentes suficientes para cumplir la amenaza del oficial. Y dominarlos a todos era prácticamente imposible. En el peor de los casos, Greet y sus colaboradores habrían podido escapar, pero esto movilizaría contra ellos toda la fuerza pública de Oskaloosa y, después, de todo el continente.

Greet Stamper lo comprendió así y se dejó conducir sin más resistencia. Confiaba en que los restantes compañeros, diseminados por el planeta, supieran lo que estaba ocurriendo y tomasen medidas de protección.

Una vez en el edificio de la policía, los tres hombres fueron encerrados en celdas separadas y aisladas, mientras que los agentes hipnotizados eran atendidos por especialistas, que los sustrajeron de su estado de hipnosis.

Al mismo tiempo, buscaron afanosamente a Joseph Hampton, averiguando que había estado con Marion Mili. Por esta causa, los hombres de la Brigada Especial de Policía detuvieron a Joseph, sin resistencia de éste, así como a Marion, a la que llevaron también a su departamento, siguiendo instrucciones del mayor Markham.

— ¿De qué me acusan? — fue lo primero que preguntó Joseph —. Supongo que nadie creerá que soy eso que ustedes dicen.

— No haga preguntas. Las haremos nosotros — le respondió el mayor Markham —. En primer lugar, queremos saber la razón del

secuestro del oficial de Tráfico Larkin.

— ¿Larkin? Creo recordar… Sí, conocí a ese individuo con motivo del accidente que sufrió Gudry Kenneth.

— Voy a presentarle los cargos, Joseph Hampton. El oficial Larkin fue secuestrado y obligado a seguirle al 291 de la calle Duggart, donde hemos descubierto una extraordinaria instalación. Tres hombres han sido arrestados allí. Y nos consta que esos hombres poseen un extraordinario poder, desconocido en este planeta.

Joseph estaba ya prevenido. Había penetrado en la mente del mayor Markham, indeciso entre pretender dominarle y tergiversar las cosas, o esperar a ver el resultado de la investigación policía que podía echar por tierra toda su labor.

Sin duda, era un desastre con el que no habían contado. Cometieron el error de no verificar el vehículo de Phil Larkin, cuyo control fotoeléctrico, instrumento ciego en poder de la ley, había permitido localizarlos a todos. Pero supo también que la policía había movilizado infinidad de agentes. Tratar de neutralizarlos era estúpido. Si lograban hacerlo, sólo conseguirían poner sobreaviso a otros organismos de policía, en distintas localidades. Cundiría la alarma, si no había cundido ya, y luego, el «Plan 1.001» se vendría abajo.

— ¿A qué poder se refiere usted? — preguntó Joseph.

— No sabemos cómo lo hacen, pero nuestros agentes quedan como idiotizados, sin poder actuar. De haber seguido sus compañeros utilizando sus trucos de hipnotismo, habríamos disparado contra ellos.

— ¿Y por qué cree usted que soy un ser de otro planeta? Yo he nacido aquí.

— Eso no soy yo quien debe decirlo, sino nuestros médicos forenses. Usted llegó a Oskaloosa indocumentado y buscando trabajo. Así conoció a la funcionaría de la Oficina del Registro de Colocación y la utilizó para encontrar trabajo.

— Padecía amnesia. Soy el secretario del señor James D. Brennan, que ahora se encuentra en el extranjero. Si he venido aquí es por ver a Marion Mili, por quien siento especial afecto.

El mayor Markham no estaba para perder el tiempo y lo primero que hizo fue encerrar a Joseph, hasta que pudiera ser reconocido como lo fueron Greet Stamper.

Este reconocimiento lo hizo un forense de la policía de modo indirecto, llevando un aparato de rayos «X» hasta las celdas donde estaban los detenidos e instalándolo en un lugar por el que hicieron

pasar a los detenidos de uno en uno y sin que ellos se percataran.

Markham, personalmente, acompañó al forense. Él fue de los primeros, por ello, en ver la extraña anatomía de los hombres de Swik.

Con las radiografías en la mano, el mayor Markham fue a ver al Superintendente Local, quien quedó sobrecogido al ver la prueba.

— Intente usted, por todos los medios, averiguar si existen otros seres análogos en la ciudad. Yo avisaré inmediatamente al Subsecretario de Estado. Este asunto es importante.

— Sí, señor.

Markham actuó con celeridad y acierto, enviando inmediatamente órdenes a Nueva York para que se vigilase a todas las personas que habían tenido relación con Joseph Hampton. Se suponía ya la existencia de una red camuflada de extraterrestres, cuyos móviles no podían ser benignos para la humanidad, dada la actuación secreta de los invasores.

Sin embargo, Markham quedó desconcertado al saber, por el médico forense, que ni Joseph Hampton, ni la también detenida Marion Mili presentaban aspecto anómalo alguno, mientras que Greet Stamper, Tom Randolph y Johnny Lupus eran seres extraordinarios.

El mayor Markham hizo acudir a Joseph a su despacho.

— Creo que hemos cometido un error con usted, señor Hampton. Y debo pedirle disculpas. No crea, por ello, que voy a dejarle marchar. Le ruego que no se considere detenido por la policía, sino más bien como invitado. Debemos averiguar la relación existente entre usted y los moradores del 291 de la calle Duggart. Tenemos pruebas de que acompañaba usted a dos de ellos cuando fue secuestrado el oficial Larkin.

— ¿Qué les hace suponer eso? — quiso saber Joseph, cada vez más intranquilo.

— Estas fotos obtenidas del fotocontrol del vehículo de Larkin. Han sido ampliadas. Fueron tomadas con rayos infrarrojos y se ve perfectamente a usted hablando con el oficial Larkin.

Joseph tomó las fotografías y las examinó.

— Sí, es cierto. Recuerdo esto… Fue hace tres o cuatro noches. Yo había recogido a dos hombres, cuando entraba en la ciudad. Buscaban un establecimiento de diversión en no sé qué avenida y me pidieron si podía llevarles.

»Íbamos a descender y preguntar, cuando llegó el oficial de Tráfico. Él nos informó de lo que buscábamos e incluso se ofreció a acompañarnos, diciendo que era un sitio próximo. Debió ser en

aquel instante cuando se hicieron estas fotos.

— ¿Dejó el oficial Larkin su servicio y su automóvil para acompañarles? — preguntó Markham.

— Si. Me reconoció, por haber sido testigo en un accidente de tráfico hace algunas semanas, en la avenida Brima.

— ¿Y qué pasó después?

— Conduje a mis pasajeros y al oficial hasta la próxima esquina. Allí bajaron todos. El oficial se quedó con aquellos dos individuos y yo me fui.

— ¿Y cómo explica usted que esos dos mismos hombres hayan sido hallados en la casa donde estuvo usted prestando servicio como criado?

Joseph se encogió de hombros.

— No lo sé. El señor Greet me trató muy bien cuando estuve con él. Por cierto, hablé con aquellos dos hombres que había trabajado con el señor Greet. Tal vez fueran a verle, después de dejarles yo, y les diera trabajo. Sé que el señor Greet es muy generoso.

— ¿Cuánto tiempo estuvo usted trabajando en casa del señor Greet?

—Varias semanas. Un mes, exactamente, para decir verdad.

— ¿Sabía usted que el señor Greet no es como nosotros?

— No le entiendo—Joseph fingió sorprenderse—. ¿Qué quiere decir con eso de que no es como nosotros?

El mayor Markham mostró a Joseph las radiografías que había tomado el forense a los detenidos.

— ¿Qué es esto? — preguntó Joseph, dando vueltas a la radiografía.

— Esos hombres no tienen el esqueleto igual que nosotros… ¡No son de este mundo!

— ¡Es increíble! ¡Eso no puede ser! ¿Quiénes son, entonces?

— Eso es lo que tratamos de averiguar. Esta radioscopia pertenece al señor Greet Stamper.

— ¡Él no era así cuando yo estuve…!

Markham se quedó pensativo, mirando a Joseph.

— ¿Puede ser que esos hombres hayan convertido al señor Greet Stamper en… en esto? Usted es el que más nos desconcierta, señor Hampton. Creíamos que era uno de ellos. Y puede que lo sea.

— ¿Insinúa que yo tengo esta figura?

— No. Sé muy bien que no es así. Pero hemos descubierto algo extraordinario en el sótano de la casa del señor Stamper. Y eso nos hace pensar que deben de tratarse de individuos muy inteligentes.

«¡Tiene usted una noción clara del caso, mayor Markham!—

pensó Joseph, tristemente—. La suerte ha sido que yo esté ya transformado. De lo contrario, todo se habría perdido».

— No sé si debo pedirle que nos ayude, señor Hampton —continuó diciendo el jefe de policía—. Se trata de un asunto muy delicado y el menor error puede ser fatal. Esos hombres son capaces de dominar nuestras mentes. Lo han demostrado. Ahora están aislados y a buen recaudo, porque si intentan hacer algo en contra nuestra, los hubiésemos destruido.

»Pero deseamos saber si han venido otros. Por ejemplo, ¿han visitado otros individuos al señor Greet Stamper mientras estuvo usted a su servicio?

Joseph sacudió negativamente la cabeza.

— No... A excepción del lechero, el carnicero y otros proveedores.

Una llamada urgente al visófono de Markham interrumpió el interrogatorio. Un alto personaje llamaba desde Washington. Para hablar libremente, el policía hizo salir a Joseph, quien fue escoltado de nuevo hasta su celda.

Continuaban extremándose las precauciones. Sin embargo, cuando pasaba ante una puerta herméticamente cerrada, la mente de Joseph captó un mensaje de Greet Stamper, quien le dijo:

»— Estamos intentando comunicamos con Brennan. Es preciso que se le informe de lo que ocurre. Estas paredes metálicas, sin embargo, nos impiden establecer contacto. Aparte de que debe encontrarse muy lejos de aquí.

«— En efecto, Greet. Brennan está en Australia.

«—¿Y qué hacemos?

«— La policía tiene pruebas de todo. Pero no están seguros de quiénes somos. Parece que yo no les infundo sospechas, pero tienen fotografías reveladoras...

Joseph fue encerrado en su celda. Sin embargo, aunque más débilmente, continuó transmitiéndose con Greet Stamper.

Repitió todo lo que había ocurrido en el despacho de Markham y terminó diciendo:

— Cometimos un error tras otro. Buscándome a mí, le encontraron a usted. No creían que fuese nada extraordinario, pero ahora tienen pruebas de la existencia de seres alienígenas en la Tierra.

»Han obtenido radiografías de usted y de los otros.

— Sí, lo presentí. Yo capto mensajes mentales, pero no puedo detener las máquinas. Esto no terminará bien. Han extremado las precauciones. No dudo que algunos podamos escapar, pero siempre

nos rodean veinte o treinta agentes. Y dominarlos a todos nos resulta imposible. Si alguien escapa, los otros serán ejecutados.

— Tarde o temprano, Brennan se enterará. Entonces vendrá a decirnos lo que debemos hacer. Él, Eve, Randy y David están libres — dijo Joseph—. Creo que ustedes tendrán que ser sacrificados para que los demás podamos continuar.

— No me importa ser destruido, pero sin mí no podremos seguir recibiendo enviados de Swik.

— Entonces, lo que deben hacer Tom y Johnny es ayudarle a escapar. Unan sus fuerzas mentales. Si yo estoy aquí, les prestaré mi ayuda. ¿Han avisado a David Pellam?

— Sí. Sabemos que está tratando de localizar a Brennan.

— También podemos hacer venir a Randy Scorn — añadió Joseph, siempre utilizando el poder mental que atravesaba muros y llegaba hasta el receptor de la mente de su compañero.

— Se lo he dicho a David. Lo malo es que Abraham Sullivan no puede ser «integrado» por esta interrupción. Cabe que en Swik se den cuenta y traten de recuperarlo. Puede ser la señal de que el «Plan 1.001» ha fracasado e intentan otra cosa.

* * *

Eve Marsh salía del hotel, en Bombay, donde se habían detenido en una breve escala, en su viaje de regreso de Sidney, cuando un grupo de agentes de policía, uniformados de blanco y armados con «chispadores»— armas desintegrantes de chispa — la rodearon.

— No se mueva usted — ordenó uno secamente.

Eve trató de rechazarlos. Amplió su mente a su alrededor, trató de concentrarse en el mensaje y hasta conminó al que ya disparaba con el arma, al sentir los primeros síntomas de hipnosis.

La policía de Bombay había sido advertida convenientemente por la norteamericana.

El chisporroteo abrió el pecho de Eve, llegando hasta el protector de su cerebro. No brotó la sangre, como habría sido lo normal. Hubo un agente que intentó oponerse al disparo de su camarada, pero, en la confusión, la «mujer» de Swik quedó aturdida, víctima de un «shock» mental.

Los agentes la recogieron, sabiendo ya que no se trataba de un ser humano, al no ver brotar sangre de sus heridas, y, antes de que la gente que transitaba por allí pudiera darse cuenta, la habían metido en un vehículo, el cual arrancó velozmente hacia las dependencias centrales de la policía.

Otro grupo de agentes, más nutrido, estaba invadiendo el primer

piso del hotel, donde se alojaba James D. Brennan. La orden había sido «localizar, arrestar», y si había necesidad de defenderse de posibles resistencias telehipnóticas, «disparar a matar». Esto era la prueba que necesitaban.

Brennan estaba preocupado. Había recibido un cablegrama urgente de David Pellam, y por esto regresaba rápidamente a Nueva York. Fue Eve quien sugirió no precipitarse y hacer escala en Bombay, para practicar averiguaciones, porque el mensaje de Pellam utilizaba la palabra «próximo», que significaba peligro, diciendo que Sam, Mark y Billy estaban enfermos.

James Brennan tenía un plan completo de acción que iba a convertirle en breve en el cerebro gris más eminente del mundo. Pretendía que incluso sus hombres fuesen «humanos». Joseph Hampton haría la prueba. Él habló con Greet previamente y ordenó que se hiciera.

«— ¡ Joseph no debe diferenciarse en nada de un terrestre! Luego, si la trasplantación total tiene éxito, los demás también serán transformados, incluyéndome a mí.

Pero en esto último, Brennan había mentido. Sólo se proponía reducir la capacidad mental de sus colaboradores. Él podría dominarlos mejor de este modo.

Pero el aviso de David Pellam lo había echado todo por tierra.

Y ahora, mientras esperaba que volviera Eve, con la respuesta al cable informativo que enviaban a Oskaloosa, James D. Brennan, demasiado preocupado, no captó la presencia del peligro, allí mismo, en el hotel.

La puerta fue derribada de pronto y por allí irrumpió un nutrido grupo de agentes de uniforme blanco. Las armas que empuñaban sobrecogieron al intruso.

— ¡Eh...! ¿Qué es esto?

— No intente nada. Nos han dicho que puede usted dominarnos con la mente. Si lo intenta, le mataremos. Hay hombres en todas partes.

Efectivamente, al volverse hacia la terraza, Brennan vio varias filas de hombres armados.

El oficial jefe que había hablado empuñaba un arma de largo alcance y gran potencia, apuntando directamente al pecho del alienígena.

— Están ustedes en un error — Brennan habló tratando de ganar tiempo, no queriendo exponerse a neutralizar a tantos hombres a la vez, sin haber realizado un sondeo previo.

Sabía que si alguno se resistía o desconfiaba, al sentir la «orden»

mental, un disparo podía paralizarle o tal vez destruirle.

— No sabemos si se trata de un error o no, pero al salir del hotel hemos intentado detener a una mujer y, al pretender resistirse, hemos disparado contra ella. Confirmando el aviso de Nueva York, de sus heridas no ha surgido sangre.

— ¿Qué está usted diciendo? — casi gritó Brennan, empezando a comprender.

— Que está usted detenido. Y no intente hipnotizarnos. Tenemos órdenes de disparar al menor atisbo de peligro. Déjese esposar y conducir al departamento de Policía, donde podrá usted defenderse. Si no es usted el que buscamos, se le dejará marchar.

Brennan volvió a mirar hacia la terraza.

De pronto, los agentes creyeron que desaparecía en el aire, esfumándose a los ojos de todos. Fue un truco de hipnosis colectiva que sólo sirvió para engañarle a él, puesto que el oficial indio, en el mismo instante de producirse el singular fenómeno, oprimió el disparador de su rifle.

Brennan, «invisible» a los ojos de todos, recibió la terrible descarga desintegrante que le fulminó el cerebro en el acto, perdiendo así su influencia hipnótica sobre los agentes de la policía de Bombay.

Todos le vieron «aparecer», cayendo, humeante, sobre la alfombra del piso.

— ¡ Ahí está! — gritó alguien.

El oficial, nervioso, añadió:

— Está, sí; pero muerto… ¡Ese hombre, sea de este mundo o no, ya no nos sirve de nada!

CAPÍTULO IX

El mayor Markham removió buena parte de los documentos de papel «fibrex» que tenía sobre su mesa y luego, tomando uno, escrito en sobreimpresión magnética, dijo al inquieto Joseph:

— Ya tengo pruebas de lo que digo, Joseph Hampton. ¡Es usted uno de ellos!

— ¿Puede demostrarlo?

— Al menos, lo intentaré — replicó Markham secamente —. Ésta es la declaración de Marion Mili, tomada por medio de una «encefalosonda». Y es singular lo que dice... «Cantaba de un modo extraordinario, ejecutando una música exótica que parecía estar compuesta por diversos instrumentos a la vez»... Esta misma declaración ha sido corroborada por otras personas— continuó diciendo Markham en tono severo—. Y hay más: Marion Mili está segura de haber sufrido un colapso... El doctor Pittsburg declara que asistió a Marion aquella noche y admite que la enferma presentaba síntomas extraños... Todo es extraordinario en usted, Hampton. Marion dice que vio relucir sus ojos en la oscuridad, como si tuvieran fuego.

— Figuraciones suyas. Una mente excitada puede adulterar las impresiones. Esa acusación es fácilmente rebatible, como las otras.

Joseph estaba seguro del terreno que pisaba. Conocía las propias vacilaciones de Markham y estaba seguro de «ganarse» al jurado y al tribunal que debía juzgarle. Esto también se lo temía Markham y, por ello, trataba por todos los medios de obtener una confesión del detenido.

— Usted estaba con Greet Stamper. Luego, se fue con James D. Brennan, a Nueva York, pero regresó aquí. ¿Fue entonces cuando le hicieron ese magnífico cuerpo humano, copiado exactamente del oficial Larkin?

— Interesante teoría. Pero falsa, mayor Markham — replicó Joseph—. Si yo fuese como ellos, estaría configurado como ellos. ¿Por qué habría de ser distinto?

— ¡Porque todos tenían que ser distintos! ¡Porque si no querían ser descubiertos, era necesario parecerse lo más exactamente a

nosotros! — chilló Markham. dando un fuerte golpe sobre la mesa —. Sé que pretende usted encerrarse en su actitud y no salir de ella. Pero cuando yo me canse y no pueda seguir adelante, otros oficiales de policía me sustituirán... ¡Y no saldrá usted jamás de aquí!

— Seré el primero en lamentarlo. Pero soy terrestre

— ¿Dónde nació? ¿Quiénes fueron sus padres?

— Lo ignoro. He contestado a eso centenares de veces. Le he repetido hasta hartarme que sufrí amnesia y que el señor Brennan me contrató como secretario suyo al verme en casa de Greet Stamper. Pero me hizo inventar la historia de que había recobrado la memoria y decir que siempre había trabajado con él. Inventé la historia de mi existencia anterior para obtener el puesto que me ofrecía.

»Ahora sé que eran «seres extraños» y se ayudaban. Pero yo no lo soy. No soy como ellos. ¿No es eso lo que han dicho los médicos que me han reconocido?

— Sí — replicó Markham, dejándose caer en su asiento—. Así está escrito. Y su «encefalosonda» es un disco de repetición, lo que da idea de una prodigiosa memoria. Es usted muy listo, Hampton. Más listo que todos nosotros.

»Sabe que ésa es su actitud a seguir y piensa que, tarde o temprano, nos cansaremos y le dejaremos por aburrimiento. Pero en eso se equivoca. Nosotros somos incansables. Tenemos la convicción absoluta de que es usted uno de ellos. Y ser distinto a nosotros es un peligro que no podemos correr a ningún precio. Con ley o sin ella, usted no saldrá de aquí.

— Tendré que resignarme a estar viéndolo todos los días. Empiezo a sentir afecto por todos ustedes. Me resultan simpáticos.

— ¡ No se burle, Hampton; por el amor de Dios, no se burle! Esto es más serio de lo que parece a simple vista. Escuche: analicemos la situación tal y como yo la veo, después de estos meses de interrogatorio, y se convencerá de que nuestra postura no puede ser otra.

«Descubrimos un grupo, cuyo número total desconocemos, de individuos que viven entre nosotros, pero que proceden de otro mundo. Eso está demostrado.

— Sí. Continúe — dijo Joseph.

— Para nosotros representa una amenaza latente. Ignoramos lo que están haciendo aquí y desconocemos lo que se proponen. Greet Stamper, Johnny Lupus y Tom Randolph, murieron, juntamente con un extraño soldado de la Legión Americana, llamado Randy Scorn, y un comerciante, no menos extraño, de apellido Pellam. Cinco

muertos que no destilan sangre, que tienen un extraño cuerpo, dentro de una envoltura humana.

»Son un grupo vinculado a James D. Brennan y Eve Marsh, muertos ambos en la India. Todos ellos eran foráneos. Usted les conocía a todos, los había tratado, convivió con ellos, y asegura que no sabía nada de su condición extraterrestre.

— Sigo diciéndolo — afirmó Joseph.

—¡ Pero no nos satisfacen sus explicaciones! Ya le he hablado de las convicciones morales. Con su cuerpo, con su esqueleto, su anatomía y su riego sanguíneo, usted no es como yo.

— No, desde luego. Usted es más fuerte y más bajito.

Markham resopló y se puso en pie. Fue al armario oculto en el muro y se sirvió un cordial con agua mineral. Luego, regresó a la mesa.

— No me aburrirá usted, Joseph Hampton. Sé que todo el mundo está pendiente de lo que ocurre aquí y el Presidente llama a diario, para preguntarme si he conseguido algo. «No, señor — le digo —: es el individuo más obstinado que he conocido jamás». «Ésa es una buena prueba de su origen foráneo», me contesta, «pero necesitamos la prueba. Búsquela usted o será relevado».

— Si lo desea, puedo sacrificarme por usted. Admito todo lo que usted quiera que admita, recibirá esa medalla que tanto anhela y un pobre amnésico inocente irá a parar al incinerador.

— ¡ Irá usted al diablo, quiera o no! — rugió Markham.

— Prefiero más ir a un juicio, ante la ley.

— ¡ Ya! Eso lo sé hace tiempo. Si le suelto, la ley no le puede condenar. Utilizará usted ese privilegiado cerebro que posee, emocionará al jurado y será declarado huérfano e inocente.

— El pueblo americano no querrá correr el riesgo de tener en su seno a un alienígena, cuyas intenciones pueden ser las de preparar una invasión extraterrestre. Sería una lástima que eso fuese cierto y, cuando se vinieran a dar cuenta, nuestras naves del espacio hubiesen ocupado el planeta. ¡ Vamos, mayor Markham! ¿Creé usted que si hay alguien viviendo en otro mundo va a pensar del mismo modo que nosotros? Eso puede leerse en los antiguos mamotretos de anticipación. En nuestro siglo ya no se cree.

— ¡ Greet y los otros existían!

— Sí, lo admito. Y puede que haya otros, a los que no han podido localizar, por muchos aparatos de rayos «X» que coloquen en las esquinas.

— ¿Quién le ha dicho eso?

— Me lo contó Marion Mili el otro día, por visófono controlado.

La cinta está grabada. Compruébelo.

— ¡ Bah! — exclamó Markham, despectivamente. Tomó asiento y miró fijamente a su interlocutor.

— Le propongo un trato, mayor.

— ¿Cuál?

— Déjeme ir de aquí. Ponga un sabueso tras mis talones, noche y día. Si me pongo en contacto con algún alienígena, será la prueba que está usted buscando.

— Necesitaríamos un regimiento para seguirle constantemente. Demasiado espectacular. No. Lo tengo más seguro en una celda insonorizada.

— Si no fuese por los ratos en que vengo a charlar con usted, ya me habría muerto de aburrimiento. ¿Y el dinero de Brennan? ¿Ya saben cómo lo consiguió?

— Es falsificado. Pero los técnicos aseguran que esas numeraciones fueron destruidas hace años.

— ¡ Curiosos marcianos, que saben hasta el número de los billetes destruidos por el Banco Nacional, para imitar sus billetes falsos!

El interfonovisor que había sobre la mesa del mayor Markham zumbó en aquel momento, evitando una caústica respuesta.

— Sí.

— La señorita Mili está aquí. Quiere verle inmediatamente.

Markham vaciló; miró a Joseph y captó la expresión anhelante de su rostro.

— Sí. Hágala pasar — dijo el policía, cerrando el interruptor—. Va a venir su abogado. Es curioso que esa mujer, de origen legítimamente humano, esté enamorada de usted. Ella ha dicho la verdad en todo. Pero afirma que le quiere y que le debe la vida.

»En cambio, usted mató a Gudry Kenneth.

— ¡Ah, no! Se mató él. No volvamos por ese lado. Pudo grabar lo que quisiera en su cinta magnética. Pudo ver a otro y no a mí. Yo no le maté. Él lanzó su vehículo contra la farola.

— Sólo usted estaba allí en aquel momento...

Una llamada a la puerta y Markham gritó:

— Sí, adelante.

La puerta metálica se abrió y apareció Marion Mili, vestida de rojo, luciendo un peinado verde extraordinario. Su semblante se animó al ver allí a Joseph.

— ¡Oh, Joe!

Joseph se levantó y abrazó a la muchacha. Por encima del hombro de ella, al cerrarse la puerta, pudo ver la guardia de treinta

hombres armados que esperaban afuera.

— Tengo buenas noticias para ti, Joe — dijo Marion.

— ¿Cuáles?

— Te harán un juicio. El Presidente del Tribunal Supremo, que es muy amigo de mi jefe, el señor Holm, ha dicho que pedirá seas juzgado inmediatamente. La policía aportará las pruebas que tiene contra ti. Pero estoy segura de que saldrás absuelto.

— ¡ Eso ya lo veremos! — gritó Markham —. Recuerde que usted misma declaró contra él.

— Yo no declaré contra nadie. Yo dije lo que me ocurrió… ¡Joe me salvó la vida!

— Diga eso y le condenará — replicó Markham.

— Diré lo que yo creo. Eso no es una prueba. Y diré que quiero a Joe con toda mi alma, sea terrestre o venusiano. ¿Qué importa su origen, si es exactamente como nosotros?

— Dicen que el amor es ciego. Pero yo no estoy enamorado de él, señorita Mili. Yo quiero evitar que un extranjero, que puede ser peligroso para la humanidad, vaya por ahí en libertad, haciendo sólo el demonio sabe qué.

—Deseche sus temores, mayor Markham — replicó Joseph, en tono paternal—. No ocurrirá nada de eso. Aquí no pasará nada. Ya lo verá. No habrá invasión, ni esclavitud.

»Pero si la hubiese, a juzgar por lo que sabemos de esos alienígenas, creo que la humanidad se hubiese beneficiado con ellos. Su ciencia, por lo que sé, es bastante más avanzada que la nuestra. ¿Sabe alguien para qué sirven los aparatos que han encontrado en el sótano de la calle Duggart?

Markham se mordió los labios. El 291 de la calle Duggart había sido tapiado, acordonado, vigilado e inspeccionado por centenares de científicos. Los informes, habían sido remitidos al Departamento de Ciencias, y él tenía copias de todos: ¡ Nadie sabía lo que eran aquellos aparatos ni para que habían sido utilizados!

— ¿Lo sabe usted, Joseph Hampton?

El aludido se encogió de hombros.

— ¿Para qué quería usted verme?

— Venía a solicitar permiso para hablar con Joe, Pero ha sido usted muy amable al permitirme verle personalmente.

— No soy amable ni nada. Estoy furioso contra este hombre, señorita Mili, como antes lo estuve también con usted. Pero me convencí de que usted era indígena de este planeta y la dejé marchar.

— Convénzase de que Joe también lo es.

— ¡ Estoy convencido de lo contrario! — chilló Markham—. Aunque se le juzgue y le dejen absuelto, yo siempre diré que es usted un alienígena disfrazado de hombre.

— Le hago otro trato, mayor. No se oponga al juicio, deje que me absuelvan y le prometo ser un digno terrestre toda mi vida.

— Vamos a suponer que ocurre eso. Le juzgan, le absuelven, sale en libertad y... ¿Qué hará entonces, Hampton?

— Le invitaré a mi boda con Marion.

— ¿Van a casarse ustedes? — pareció sorprenderse Markham.

— ¡Sí!—exclamaron los dos a un tiempo. Marion añadió—. Con ese argumento he convencido al señor Holm para que interceda ante el Presidente del Tribunal Supremo.

— No conseguirán nada. Es el propio Presidente de los Estados Unidos quien tiene interés en aclarar la verdad.

— La verdad ya la sabe usted. Pero si no quiere reconocerla, estaremos así hasta que llegue su relevo. Y debe admitir que todo tiene su límite.

»¡ No soy terrestre! — pensó Joseph—. Pero el «Plan 1.001» ha fracasado y ya no me será posible volver jamás a Swik. Gracias a Dios, dispongo de un disfraz perfecto y puedo adoptar mi nuevo mundo. Seré un terrestre, creo que tendré hijos, que también serán terrestres y si he de vivir mil años, nadie se enterará de mi desgracia... ¡Vamos, mayor Markham! ¿Por qué tanto interés en llevarme a la piqueta pública? ¿Es un ascenso lo que quiere? Deme la oportunidad de salir de aquí, sin violencias, y tendrá usted todo lo que antoje. Si precisamente el «Plan 1.001» era beneficiarles a ustedes en su desarrollo futuro. Nosotros no debíamos dominar a nadie, sino mezclamos con los habitantes de aquí a instruirles sutilmente para llevarles a un progreso que todavía no tienen.

»En Swik no se hacen guerras, como aquí. Allí todo se conquista por medio de la paz. Y sólo yo he destruido a tui hombre que podía destruimos a nosotros, en beneficio de todos los demás seres de este mundo.

»¿Qué quiere usted, mayor Markham? Yo estoy por encima de todo. Puedo ayudar mucho y lo haré. Pero no puedo delatarme, porque sé cómo piensan ustedes y me tomarían por un saboteador.

»No sé si podre cumplir mi misión o no. Mucho me temo que no será posible. El «Derka» no enviará más seres al sacrificio. Puede que crean que hemos sido descubiertos y eliminados. Saben que aquí hay mucho canibalismo aún. Y no querrán perder más el tiempo.

— ¿Y si el tribunal le condena? — preguntó Markham,

ignorando que cortaba los hilos del profundo pensamiento de Joseph.

La pregunta iba dirigida a Marion. Sin embargo, fue Joseph quien contestó, en voz alta:

— Si me condenan y soy ejecutado, se habrá cometido un error judicial y se condenará a un inocente. Mi sangre caerá sobre sus cabezas. Pero siempre es preferible un juicio y saber la verdad de una vez, que permanecer aquí escuchando siempre las mismas preguntas. Desde luego, nadie podrá acusarle de no haber sido constante y eficiente.

— No, nadie puede acusarme. Más de diez mil agentes han trabajado a mis órdenes en este caso. Bueno, señorita Mili, creo que si el Presidente del Tribunal Supremo pide que se celebre el juicio, no podré oponerme... ¡Pero trituraré a este hipócrita delante del jurado!

— No sea rencoroso. Nada le hemos hecho — suplicó Marion.

— Es la convicción moral, Marion. Él está persuadido, pese a los informes médicos, de que soy un terrible y peligroso agente extraterrestre, enviado aquí a copiar sus máquinas de hacer «churros».

Markham no pudo por menos que sonreír.

— Podría ser — dijo en tono festivo.

— ¿Y no cree presunción necia que, siendo seres tan técnicamente avanzados, Vengamos aquí a copiar sus pobres planos? No me cabe duda de que siendo ambiciosos dominadores, los seres que pueden hacer hombres como yo bien merecen el calificativo de superiores.

— Eso no lo he negado nunca.

— Pues bienvenidos sean, si es cierto. Y déjeme usted en paz, mayor Markham. Me gustaría ser lo que usted dice que soy para ayudarle a conseguir esa medalla que tanto anhela. Con mi poder mental, me sería fácil concedérsela.

— ¿Por qué no lo hace? — retó Markham.

— Temo a la cámara crematoria. Esa sería la prueba que usted busca contra mí.

— ¿Siempre están así? — preguntó Marion.

CAPÍTULO X

El Capitolio de Oskaloosa era aquel día el centro de reunión de las figuras más importantes y representativas del planeta. Habían acudido hasta presidentes, jefes de estado, magnates, figuras del arte, de la cultura y las ciencias. Para el Presidente de los Estados Unidos y sus invitados de honor, se había colocado una tribuna especial a la derecha del tribunal, que presidía el viejo juez Harman.

De haberse cobrado la entrada al Capitolio, se habrían pagado cifras astronómicas por presenciar el juicio. Sólo se admitían invitados. Sin embargo, un sistema de televisión transmitiría a todo el mundo el juicio contra Joseph Hampton, acusado de ser alienígena y haberse introducido clandestinamente en la Tierra.

Nadie sabía, por otra parte, lo que el fiscal general iba a solicitar para el acusado. Tampoco se sabía lo que la media docena de abogados requeridos por Marion Mili iban a decir en defensa del acusado.

Se habían hecho tantas conjeturas al respecto, que ya nadie era capaz de creer en ninguna. Había quien aseguraba que Joseph debía ser indultado y elegido Presidente de una Federación Mundial de Naciones.

Otros decían que debían matarle, incluso haciéndole el favor de la duda. Un ser capaz de parecer humano sólo podía ser demoníaco.

Más de un millón de personas habían llegado a Oskaloosa a presenciar aquel famoso veredicto, a ver y a escuchar al famoso acusado y ser testigos de lo trascendental que iba a ser aquel juicio.

Pero desde hacía semanas no se encontraba albergue en Oskaloosa, ni en muchas millas a la redonda. La más extravagante mescolanza de razas se habían dado cita allí y no faltaban tipos que parecían mucho más alienígenas que el propio Joseph Hampton.

Pero como todo llega, al fin llegó el importante día, y la multitud se agolpó en torno al Capitolio, donde se habían previsto todas las emergencias posibles y se habían tomado precauciones extraordinarias.

Un triple anillo de tropas blindadas cerraban por completo el

edificio público, en cuyo interior había más de tres mil agentes de la policía. Fue establecido el más riguroso control, de forma que sólo podían pasar los invitados los más relevantes, los testigos y los funcionarios judiciales.

Joseph Hampton fue conducido en el interior de un furgón blindado y rodeado de agentes de policía, para ser instalado dentro de una cabina blindada y transparente, situada frente al estrado. La técnica electrónica resolvió la comunicación del acusado con el exterior, por medio de ingeniosos dispositivos acústicos.

Más de diez cámaras de televisión enfocaban a Joseph Hampton desde distintos puntos de la gran sala de congresos, donde iba a celebrarse el famoso juicio de «La Tierra contra un invasor extraterrestre».

Sin embargo, la bien buscada frase de la prensa y la información de todo el mundo la pulverizó el arrugado juez Harman al iniciar la vista, al entrar solemnemente en la sala, haciendo ponerse en pie a más de cincuenta jefes de Estado, y decir:

— Se inicia la causa número 2.111, incoada por el estado de Iowa contra Joseph Hampton, o quien así dice llamarse.

El rumor exterior se había apagado y un silencio inmenso reinaba por doquier.

Luego, se levantó el fiscal general, un hombre grueso, de mirada penetrante, que pareció pasar revista a todos los congregados, arregló el micrófono de «aguja» que llevaba de adorno, y, por fin, habló con voz recia y poderosa:

— Señores, para empezar, permítanme hacerles un ruego. Este ministerio está convencido de los extraordinarios poderes sensoriales del acusado. Durante el curso de la vista, se darán cuenta de que estamos juzgando a un sujeto sumamente peligroso, cuya mente puede influir en todos nosotros para inclinar el veredicto a su favor.

«Nosotros no debemos, en ningún momento, aceptar ideas o pensamientos que no sean propios. No hemos de administrar justicia con la mente, sino con el corazón. Sólo así podremos evitar que el acusado, con su poderoso poder hipnótico, logre salir victorioso del lance... ¡ Porque lance es, y de toda la humanidad, el que entablamos aquí contra un individuo nacido en otro mundo lejano y cuyas intenciones entre nosotros son fáciles de deducir y comprender!

»Los hechos son los siguientes...

El fiscal general habló durante dos horas, explicando con toda clase de pormenores los hechos que habían tenido lugar en

Oskaloosa, Nueva York y Bombay el secuestro del oficial de Tráfico Phil Larkin y el accidente sufrido por Gudry Kenneth, al salir de la fiesta dada por Marion Mili.

La exposición de los hechos no pudo ser más correcta. Joseph, escuchando pacientemente, aceptó que el mayor Markham había realizado una investigación perfecta.

Al fin, terminada la exposición de los hechos, el juez Harman ordenó pasar a las pruebas.

— En primer lugar interrogaré al acusado — dijo el fiscal, señor Killin, avanzando arrogantemente hacia la cabina donde se encontraba encerrado Joseph, consciente de que el mundo entero estaba pendiente de él.

Allí, aquel formidable actor de la jurisprudencia, miró fijamente a Joseph a los ojos. Antes de hacer ninguna pregunta, observó:

— Es evidente que sus ojos no despiden fuego. Y, sin embargo, una testigo afirmó que el fuego de estos ojos de aspecto tan cándido le causó la muerte.

Era una tontería decir aquello. Joseph no podía caer en trampa tan inocente.

«¡Yo le devolví la vida!», tenía que haber gritado Joseph. Y todos habrían reconocido que tenían delante a un ser extraordinario.

— ¿Es cierto que mató usted con los ojos a Marion Mili? — preguntó Killin, viendo que Joseph no respondía.

— Mal puedo haber matado a la mujer con quien deseo casarme en cuanto me dejen libre.

El asombro que causó esta declaración desconcertó incluso al fiscal. Nadie esperaba que un individuo acusado de proceder de otro planeta, quisiera ser dejado en libertad para casarse.

— ¿No le causó usted la muerte y luego le devolvió la vida? — insistió Killin.

— ¡Protesto!—gritó en el estrado de los acusados un hombre alto, joven y moreno, que vestía una casaca plateada con flores bordadas en oro —. La pregunta es improcedente. El señor Killin intenta envolver al acusado en una sutil trampa.

— ¡ Es el acusado quien nos tiende la trampa a nosotros ! — gritó Killin, volviéndose como una fiera hacia el estrado de los defensores—. ¿A quién se creen que estamos juzgando aquí?

Fue el juez Harman quien aporreó la mesa, con débil energía, diciendo al mismo tiempo:

— Por favor, no discutan ustedes. El caso que nos ocupa debe ser estudiado desde todos los ángulos posibles. La ley puede ser insuficiente ante un individuo como el que dicen tenemos aquí. El

acusado, sin embargo, puede negarse a contestar a la pregunta.

— No, no me niego a contestar — respondió Joseph—. Afirmo que yo no maté a Marion Mili... Murió ella. Yo sólo la reanimé, por medio de un procedimiento que ninguno de ustedes comprenderían.

Joseph se puso en pie, dentro de su cabina. Giró en derredor, mirando al auditorio y luego se volvió al fiscal.

— He pensado detenidamente en todo lo ocurrido. Yo podía escapar, incluso tengo medios para conseguir mi libertad. Pero no he querido emplearlos.

»Mi intención era la de fingirme un pobre hombre al que las circunstancias han convertido en víctima de un drama. También podía haber conseguido el éxito. Sincera y honradamente, poseo un cerebro capaz de realizar cosas que a ustedes no les parecerían naturales.

«Y ahí está, precisamente, mi angustia. Intenté defenderme como hacen ustedes, los terrestres, creyendo que yo era igual que ustedes.

»Y no lo soy. No soy un terrestre. No he nacido en este planeta, aunque he sido fabricado o construido aquí. Soy un producto de laboratorio, un ser fabricado, pieza a pieza, soldado, cauterizado y animado de vida.

«Ciertos son, pues, los hechos expuestos por el señor fiscal. Cierto que nosotros fuimos enviados desde Swik con la misión de realizar el «Plan 1.001», pero fuimos descubiertos y exterminados todos mis compañeros.

«Sólo yo estoy con vida, como pueden ver. Mírenme todos. ¿Nota alguien diferencia entre yo y ustedes?

«Soy, aparentemente, un ser humano. Me han reconocido muchos médicos y cirujanos y nadie ha apreciado diferencia alguna en mi organismo. En cambio, soy notablemente distinto. Poseo un cerebro mucho más grande que el de ustedes.

«Yo puedo hacer que el señor fiscal retroceda unos pasos contra su propia voluntad. Por favor, señor Killin, intente oponerse a mi deseo. No le causaré daño alguno. Retroceda cinco pasos.

Como hipnotizado, Killin retrocedió los cinco pasos. Luego gritó:

— ¿Han visto los señores del Jurado? ¡Me ha dominado obligándome a actuar contra mi propio deseo!

Se escuchó un cierto clamor en la sala, que Joseph, volviéndose sobre sí mismo, acalló para decir:

— Por favor, señor Killin, le estoy facilitando la labor. Le ruego que no me interrumpa. Estoy confesando plenamente, en público, ante el mundo que me ve y me escucha, que soy un ser venido a través del espacio por medio de la teletransportación energética.

Una máquina nos desintegra en Swik y otra nos integra aquí. Las máquinas que la policía descubrió en el sótano de la calle Duggart sirvieron para eso.

«Hemos venido nueve seres de Swik. Tenían que venir doce o quince mil. Debíamos confundirnos con ustedes y vivir aquí durante mil años. Una vez transcurrido este tiempo, todos los descendientes de ustedes habrían aprendido de nosotros, indirectamente, una ciencia y una cultura que, sin ánimo de molestar a nadie, es muy superior a la suya.

«Nosotros podemos vivir sesenta mil años solares. No tenemos la configuración que tienen ustedes. No odiamos, ni peleamos entre nosotros. Estamos civilizados y nuestra historia es de amor. Sin embargo, en cuanto me he sentido hombre, humano, por decirlo así, en mi pecho he sentido el amor y el odio.

»Yo fui quien indujo al empleado de la Oficina del Registro de Colocación, Gudry Kenneth, a lanzar su vehículo contra una farola. Lo hice más por mi condición humana adquirida que por el peligro que podía representar para nosotros si nos delataba, ya que amenazó con iniciar una investigación.

«Marion Mili estaba detrás de aquella discusión. No maté directamente. Pero hice que se matase. Antes, sin embargo, arrebaté una vida a la muerte.

«Quería ser juzgado. Pensaba que podría salir de aquí absuelto. Mi poder mental me permite influir en el jurado y en el juez. Puedo inducir a indulgencia y simpatía a todos los que me escuchan.

«Y no haré nada de eso. Quiero ser un habitante de este planeta. Quiero vivir aquí y continuar yo solo, a cara descubierta, el «Plan 1.001». Quiero que sepan todos que no hemos venido a quitar nada, sino a dar. Demostraré ante la ciencia que puedo ayudar a los hombres a vivir mejor, que puedo modificar muchas cosas exactas o erróneas, que aquí se tienen como ciertas.

«Puedo ayudar a los necesitados. En este planeta hay mucha riqueza aún sin explotar, al alcance de la mano. Y eso haré… Siempre y cuando me lo permitan. Iré de un país a otro, si me dejan, diciendo cómo deben atender a los enfermos, como curar las enfermedades que parecen incurables, cómo enseñar, cómo aprender más y ser mejores.

»Mi existencia ha de ser larga aquí. La de ustedes también puede ser, aunque parezca, superficialmente, que dentro de algunos siglos no van a poder moverse sobre este suelo. Yo les aseguro que, si me escuchan, podrán vivir varios miles de años. Podrán extender su mundo a todos los mundos del sistema solar, mundos que ustedes

consideran muertos y que no lo están, si saben habitarlos y repoblarlos. Nada hay muerto que no se pueda utilizar. Y yo pienso demostrarlo.

»Por otra parte, ¿qué van a ganar ustedes si me condenan a muerte y me ejecutan? ¿Satisfacer su vanidad humana? ¿Pretender demostrar que son más fuertes que yo?

»Ahora mismo les puedo asegurar que más de medio mundo está esperando por las palabras que he dicho. Luego, cuando vean lo que hago, me aclamarán. Lo sé. Y quiero...

— ¿Por qué no demuestra que es capaz de hacer lo que dice? — preguntó el fiscal Killin, con una ambigua sonrisa.

— Desde luego que sí. ¿Qué demostración desea?

— ¿Por qué no rejuvenece al juez Harman? — ironizó Killin.

El magistrado asió la maza, para golpear la mesa, pero se contuvo, mirando fijamente a Joseph.

— ¿Por qué no? — replicó Joseph.

— Si es usted capaz de devolver a Su Señoría a sus años mozos, desde luego, no seré yo quien pida su condena, señor Hampton — dijo Killin, siempre sonriente.

— Bien. Yo haré que aparezca como un joven. Pero el señor juez tendrá la edad que tiene, porque el tiempo es irreversible. Por favor, ¿quieren sacarme de aquí?

— ¡ No! — gritó el juez Harman en tono seco. Y su voz sonó como un trallazo—. Sólo autorizaré que se abra la cabina, si es el señor fiscal general quien se presta a esa extraordinaria experiencia.

— Dé cuerdo. Su Señoría — dijo Killin—. Deseo convertirme en un chiquillo de ocho años. Quiero reírme de este engreído.

— Esto es un juicio muy serio y no un espectáculo de magia — replicó el juez.

— Deseo realizar la prueba, Su Señoría. Eso demostrará claramente que tenemos aquí a un ser extraordinario. De todos modos, no le creo capaz de hacer lo que dice. Sin embargo, es mi deber intentarlo. Sé que todos los reunidos desean ver fracasar al acusado.

— Bien. Que se tomen precauciones y que sea sacado de su cabina.

— Gracias, Su Señoría — dijo Joseph, avanzando hacia el grueso cristal de la cabina insonorizada y ¡ pasando fácilmente a través del muro!

Unos minutos después, Edward Killin, dentro de una vestimenta holgada y ridícula, se convertía en un chiquillo pecoso y de cabellos revueltos, que miraba en torno suyo, desconcertado, para luego

echarse a llorar.

La impresión que causó entre el público de la sala y los miles de millones de espectadores de todo el mundo, que presenciaron la prueba ante sus pantallas de televisión, no pudo ser más indescriptible.

Fue preciso suspender el juicio y hacer desalojar la sala. Incluso la ciudad de Oskaloosa quedó convertida en recinto militar, al decretar el Presidente la evacuación civil inmediata y la invasión de la región por más de un millón de soldados.

* * *

Joseph Hampton se había convertido en el ser más importante y famoso de la Tierra. El propio Presidente Teckering le hizo conducir a su alojamiento, del hotel Ripling, donde se había alojado provisionalmente, y le recibió rodeado de sus más altos consejeros.

Todos estrecharon calurosamente la mano de Joseph.

— Por favor, señor Hampton. Siéntese y hablemos — rogó el Presidente.

— Les ruego que no me consideren un súbdito norteamericano. No quiero conceder privilegios especiales.

— ¡ Nuestro país le ha acogido gratamente! ¡ He ordenado la destitución del mayor Markham y...!

— No, ¡por Dios!—exclamó Joseph—. El mayor Markham es un funcionario habilísimo. Creo que deben concederle un ascenso y una medalla.

— Concedida — otorgó el Presidente, haciendo una seña a uno de sus acompañantes.

— Desde luego, pienso facilitar a los hombres de ciencia fórmulas químicas para curar todas las enfermedades, desde un simple resfriado a los casos más desesperados de cáncer — continuó diciendo Joseph—. Los problemas de polución atmosférica quedarán resueltos con un poco de ayuda. Les enseñaré a construir máquinas extraordinarias y automáticas. Tendrán un bienestar social jamás soñado...

— ¡ Magnífico, magnífico! — exclamó el Presidente Teckering—. Es algo extraordinario.

— Sin embargo, deben comprender que muchas cosas importantes deben ser erradicadas. Las armas, por ejemplo, han de ser eliminadas.

— ¿Eliminar las armas? — exclamó un alto consejero—. ¿Y nuestros enemigos?

— No tendrán enemigos. Todos los hombres de la Tierra serán

amigos y vivirán hermanados.

— ¡ Pero eso es imposible! ¿Cómo quiere usted que yo sea" hermano de un negro?

— Puedo volverle a usted negro también, o si lo prefieren, que los negros sean blancos. Eso no es problema. Debo también modificar la enseñanza y alterar las conciencias. La reforma no puede llevarse a cabo sin una preparación cultural.

El Presidente Teckering empezó a fruncir el ceño.

— ¿No cree usted que sea posible?

— Me asaltan muchas dudas.

— No voy a realizar mi propósito en unas horas. Tengo varios miles de años por delante...

Los reunidos en el hotel Ripling miraron a Joseph Hampton, desconcertados.

— ¿No va. usted a cambiar el mundo en vida nuestra?

— No naturalmente. No haré nada en contra de la voluntad de ustedes. Lo iré haciendo paulatinamente, sin prisas. Ustedes irán viendo cómo se prolongan sus vidas, verán las indicaciones que les hago, comprenderán que estoy en lo cierto y me pedirán consejo.

»Nada más.

»Antes, sin embargo, deseo experimentar conmigo mismo. Marion Mili quiere casarse conmigo y yo con ella. Deseamos tener hijos y ser felices. Trabajaré para mi hogar y para la humanidad. Pueden llamarme cuando me necesiten.

— Sí, sí... Es lógico. Usted no es terrestre. No podemos aplicarle las leyes de los hombres... Debemos dejarle ir.

— Gracias, señor Presidente. Y permítame decirle que, cuando no me necesiten, yo mismo me iré.

Marion estaba en el interior de un vehículo cerrado, en la puerta del hotel Ripling, esperando la vuelta de Joseph. Cuando éste salió, acompañado de varios altos diplomáticos, ella salió del coche y se arrojó en su brazos, gritando de alegría:

— ¡ Joe, amor mío!

— Ya ha pasado todo, querida. Ahora nos iremos a descansar a un lugar tranquilo. Luego, debemos ayudar a esta pobre gente a que tengan un mundo mejor. Creo sinceramente que se lo merecen.

Subieron al vehículo y él tomó los mandos.

— Adiós — saludaron los diplomáticos.

— Adiós. Hasta la vista.

Diez minutos después, una pequeña granada atómica desintegraba totalmente el vehículo en el que viajaban Joseph y Marion.

Y nadie supo jamás quién la colocó, quién dio la orden, ni por qué razón.

Desde luego, Joseph Hampton no era un terrestre.

Marion Mili, sí.

¡ Murieron juntos!

FIN

Próximo número:

El extraño ser durmió
quince mil años bajo los hielos,
hasta que despertó para
comunicar su extraño mensaje.

PAZ EN LAS ESTRELLAS

por

Clark Carrados

BOLSILIBROS TORAY

OESTE

	ARIZONA	Publicación quincenal	10 PTAS.
	RUTAS DEL OESTE	Publicación quincenal	10 PTAS.
	SEIS TIROS	Publicación quincenal	10 PTAS.
	HURACÁN	Publicación quincenal	10 PTAS.
	SIOUX	Publicación quincenal	10 PTAS.
	ESPUELA	Publicación quincenal	10 PTAS.

GUERRA

	HAZAÑAS BELICAS	Publicación quincenal	10 PTAS.

ANTICIPACION

	CIENCIA FICCIÓN	Publicación quincenal	10 PTAS.
	ESPACIO	Publicación quincenal	10 PTAS.